

El vigilante

Índice

[Capítulo 1: El precio de lo extraordinario](#)

[Capítulo 2: Anticipación](#)

[Capítulo 3: Caos](#)

[Capítulo 4: Huida hacia delante](#)

[Capítulo 5: Conclusión](#)

Capítulo 1: El precio de lo extraordinario

El sonido de la última campana llegó a mis oídos. No me encargaba de llevar el registro, pero siempre era el primero en salir y el primero en regresar. Todos los vigilantes hacían sonar su campana de mano al regresar de su turno. Si había llevado bien la cuenta, no faltaba nadie.

Ser vigilante nocturno no era tarea fácil. Salir cada noche, a las afueras de la ciudad, para ser el único escudo de la civilización era un trabajo agotador. Claro que también era aburrido. Casi nunca pasaba nada. Los vampiros dejaron de asaltar ciudades de forma habitual hacía ya muchos años. Más o menos, desde que se fundó la orden.

En ocasiones, se producía alguna lucha entre un vampiro y un vigilante a las afueras de la ciudad. Era lo más interesante que podía pasar, pero casi siempre ganaba el vigilante. Aquello le restaba emoción.

No es que llevara la cuenta porque le diera más o menos importancia a las vidas de mis compañeros. Tampoco la llevaba porque quisiera añadirle algo de emoción a mi trabajo. Bueno, en parte sí. Pero sobretodo, contaba cada noche porque había dejado de fiarme de la orden.

Cualquier persona con un poco de lucidez en su mente era capaz sumar campanas cada vez que el sonido de una llegara. Y cualquier vigilante podría plantar cara a varios vampiros. Pero nadie parecía darse cuenta de que las estúpidas reglas y los límites arbitrarios establecidos desde hacía tanto tiempo nos condenarían a todos.

Por desgracia, yo era el único que cuestionaba a la orden. Los vigilantes no hacían ningún esfuerzo por tener alguna duda al respecto. Habían dejado que sus mentes fueran amaestradas. En parte, aquel era el precio por convertirse en vigilante sin volverse loco en el proceso.

Yo era tan vigilante como el que más. De los mejores, de hecho. Aun así, únicamente por tener ideas propias, se reían de mí. “Bert el loco” me habían apodado. Nadie tenía las pelotas suficientes como para llamarme aquello a la cara. Pero no era tonto, ni mucho menos loco, y por suerte tenía un gran oído.

Aunque nadie me entendiera, estaba dispuesto a seguir con mi rutina. Mi objetivo era algo tan sencillo como recorrer la ciudad. El resto de vigilantes lo veían innecesario, pero yo no. Todo lo que hacía tenía un sentido, aunque no estuvieran dispuestos a verlo.

Me encontraba en una de las salas subterráneas de la catedral. Había dejado parte de mi equipo. Entre noche y noche, le realizaban un mantenimiento. Tampoco me fiaba de los que se encargaban de mantener mis armas. No hacían un mal trabajo, pero tampoco uno especialmente bueno. Prefería hacerlo yo mismo antes de salir.

Durante el día, no estábamos autorizados para usar nuestro material a menos que nos lo ordenaran. Podía prescindir de mi hacha de madera, pero de ninguna forma iba a ir sin mi trabuco. No obstante, podía encontrar algo de sentido en esta regla. ¿Cómo iba a luchar un vigilante nocturno contra un vampiro durante el día?

Los vampiros ardían bajo la luz del sol, por lo que la probabilidad de tener que enfrentarse a uno durante el día era mínima. Además, los ciudadanos se preocupaban si veían a un vigilante armado. Para ellos, estar cerca de uno significaba que había algún vampiro no muy lejos. Pero yo no estaba dispuesto a correr el riesgo de enfrentarme a un vampiro sin ningún arma por culpa de una estúpida regla.

Antes de salir a la calle necesitaba provisiones. Mi lucidez se estaba agotando. La dosis que me habían dado para realizar el turno de aquella noche iba a ser insuficiente. Tenía que ir a ver a Emma.

Emma era la encargada de las provisiones, entre otras cosas. Era una monja de mediana edad. Según se decía, había llegado a su cargo porque, de joven, su mente había presentado signos claros de lucidez sin consumir locus. A todo el mundo le gustan

los milagros, pero yo no me creía aquel cuento. No dudaba que hubiera lucidez en su cabeza, pero no por un milagro. Emma era muy lista, por lo que accedió a un puesto en provisiones rápidamente. Mi teoría era que consumía locus cuando nadie la veía.

Sin embargo, Emma me caía bien. No me ponía muchas pegas cada vez que le pedía una nueva dosis de locus. Tal vez me tenía miedo. Tal vez quería ganarse mi respeto. De cualquier forma, ella no me preguntaba para qué quería más dosis y yo no le preguntaba por qué no lo hacía. Me guardé las hojas de locus y fui hacia la salida.

De camino a la salida subterránea de la orden, me encontré con Rosie. Aquella persona era de las pocas vigilantes en las que podías confiar. Su mente estaba lejos de ser tan mansa como la del resto. Siempre hacía preguntas y a veces de las buenas. Con ella, daba gusto hablar.

—¿Tendremos hoy el honor de que nos acompañes en nuestro sueño diario? —preguntó Rosie.

—Hoy no es ese día —le respondí—. Tengo cosas importantes por hacer.

—Previsible —dijo Rosie.

A Rosie parecía interesarle el hecho de que, a diferencia del resto de vigilantes, renunciaba a mis horas de sueño para recorrer la ciudad. No sabía si aquello era simple curiosidad o si había algún otro motivo.

—¿Sabes por qué lo llamamos “sueño diario”? —preguntó Rosie—. Se supone que se tiene que hacer todos los días, y no una vez al mes.

—Cuando aprendes a descansar la mente mientras estás despierto, dormir deja de ser una necesidad y se convierte en capricho.

Rosie sonrió y se acercó.

—¿Y ese trabuco? —preguntó Rosie mientras agarraba el trabuco que estaba oculto bajo mi ropa—. ¿Es una necesidad o un capricho?

—¿Acaso tú saldrías de la catedral sin siquiera un arma encima? —le pregunté.

—¿Ahora respondes preguntas con más preguntas? —dijo Rosie.

No respondí. Le mantuve la mirada a Rosie. Ella observó con atención. Como si esperada encontrar algo que se le había escapado a todo el mundo. Como si intentara descifrar el enigma que mi duro rostro ocultaba. No encontró nada. O al menos, no daba la impresión. Rosie sonrió.

—No —dijo Rosie—. No se me ocurriría salir de la catedral sin un arma.

—Gracias por darme la razón —le dije—. Al final va a resultar que no estoy tan loco.

—Yo no creo que estés loco —dijo Rosie—. Creo que te dan igual las normas.

—Las normas están para romperlas —dije.

—Si eso es verdad, ¿cómo es que eres a la única persona a la que le ha ido bien haciéndolo? —me preguntó.

—El resto no sabían lo que hacían —le respondí—. Yo sí.

—Esperaba que me dieras una respuesta mucho más elocuente —dijo Rosie—. Pero me conformaré. Espero que algún día me desvelés cómo eres capaz de superar el límite de lucidez establecido por la orden.

—La respuesta está en la pregunta —dije—. El límite lo pone la orden de forma arbitraria. Si lo pasas tu mente empieza a tambalearse, eso es verdad. Pero no es algo tan difícil de controlar. La orden les ha metido a todos los vigilantes en la cabeza que, si pasas el límite te vuelves loco. Por eso siempre que algún vigilante se pasa, no se recupera. Porque cree que no puede.

—¿Y tú? —preguntó Rosie—. ¿Cómo puedes?

—Porque tengo una mentalidad de hierro —respondí mientras esbozaba una sonrisa.

—No creo que esa mentalidad de hierro te salve de Floyd si alguna vez te pillan —dijo Rosie.

Floyd era el jefe de la orden en Londres. Tenía superiores, pero mientras ninguno de ellos estuviera en Londres, había que hacerle caso. O eso le habían enseñado al resto de vigilantes. Floyd era un

necio. Una persona sin iniciativa que no sabría responder si las cosas se complicaban un poco. No podía fiarme de él. Ni de sus órdenes.

—Librarme de Floyd es un hecho seguro —dije—. Ya sea por mi mentalidad o por cualquier otro factor.

Nos despedimos. Ella siguió su camino hacia una de las habitaciones y yo continué con el mío.

Recorría las calles de Londres, como todos los días. Era mi rutina y la encontraba mucho más interesante que las noches de vigilante. De día, la ciudad estaba viva. Había gente en las calles. Se escuchaban gritos, susurros, carros, pájaros...

Aquel era un escenario magnífico para un vigilante. Los vigilantes teníamos capacidades especiales. Podíamos distinguir cada una de las distintas voces que había en el tumulto de la calle. O podíamos escuchar el sonido de la rueda de un carro a manzanas de distancia.

Me conocía cada rincón de la ciudad. Había pasado tantas veces por sus calles, que era capaz de cerrar los ojos y recorrerla entera. También conocía los eventos que sucedían con regularidad. Si los de las fábricas tenían trabajo de más, yo lo sabía. Si un niño se perdía y no sabía volver a casa, yo lo sabía. Si un ladrón estaba planeando algún robo, yo lo sabía.

El resto de vigilantes no le daban valor a esa clase de información. No les importaba la ciudad lo más mínimo. Panda de necios. Todo lo que les importaba era cumplir órdenes, cazar vampiros y no cagarse encima en el proceso.

Escuché la voz de un hombre cabreado. Estaba dando voces sobre los vampiros, mientras un grupo de gente le respalda cada argumento que decía. Era un grupo de fanáticos. Y por el tono de voz, habría apostado a que aquel era Claude.

—¡El campo ya no es seguro! —dijo Claude—. ¡Los vampiros se juntan en grupos, esperando su oportunidad para asaltar! ¿Y dónde van a atacar? ¿En una ciudad repleta de vigilantes? ¿O en medio del campo donde nadie te protege?

La gente dio gritos de aprobación. Los fanáticos eran gente apasionada por los vampiros. Concretamente, por su exterminio. Un grupo de creyentes que adoraban a los vigilantes por dar caza a aquellas bestias endemoniadas. En mi opinión, eran gente que se aburría mucho. Necesitaban algo con lo que matar el tiempo. Y su devoción hacia los vigilantes era una excusa perfecta.

A la orden le beneficiaba la existencia de los fanáticos. No éramos una institución privada, estábamos sujetos a cambios. Hacíamos una labor excelente todas las noches, pero eso no era lo único que contaba. Si la opinión popular sobre los vigilantes era mala, se tomarían medidas al respecto. Eso significaba que nos caerían reglas todavía más restrictivas. Y eso significaba que tendría que saltármelas.

Claude pareció verme. Nos conocíamos. Él era una persona importante, muy importante dentro de los fanáticos. Y yo era un buen vigilante. Indudablemente les generaba interés a personas como aquella. No es que conocer a fanáticos me aportara nada de interés, pero ¿a quién no le gusta que le suban la moral?

Claude animó a uno de los fanáticos a tomar su puesto para que siguiera hablando por él. Se me acercó, con intención de hablar.

—Dime que anoche diste caza a dos o tres vampiros, por lo menos —dijo Claude.

Aquel hombre no solo tenía tiempo libre, sino que realmente estaba obsesionado con acabar con los vampiros. Sus intereses estaban claros y siempre hablábamos de lo mismo.

—Hoy no ha habido suerte —respondí.

—Venga, seguro que ha pasado algo —dijo Claude—. ¿La orden no te deja contarme nada?

—La orden no me deja hacer muchas cosas, pero esta no es una de ellas —respondí—. Ser vigilante es más aburrido de lo que crees. Puedes venir un día a comprobarlo.

—No digas locuras —dijo Claude—. No saldría de la ciudad ni aunque me pagaran.

—¿Ni aunque te escoltara un grupo de vigilantes? —le pregunté.

—¿La orden hacer esas cosas? —preguntó Claude curioso.

—No. A menos que seas una persona importante o un alto cargo dentro de la orden.

—Me sorprende la facilidad con la que hablas de salir de Londres —dijo Claude—. Yo no puedo ni concebir esa idea. Imagino que para un vigilante como tú es de lo más normal. No te negaré que te envidio por eso.

—Hazte vigilante —le sugerí.

—¿A mi edad? —preguntó Claude—. No sabré tanto como tú de la lucidez, pero sé los efectos que causa el proceso de convertirse en vigilante. Mi mente no lo soportaría a estas alturas.

—Tu mente soportaría muchas cosas, con la actitud adecuada —le dije.

—Mira, por mucho que quisiera convertirme en vigilante no podría —dijo Claude—. Esos demonios nos privan de nuestra libertad para movernos libremente por el país. Nos amenazan todas las noches. Y se niegan a dejarse exterminar por vosotros lo vigilantes. Me gustaría poder luchar contra ellos tanto como cualquiera de los que están reunidos aquí conmigo. Pero vosotros ya sois más que eficientes en esa tarea.

Los fanáticos confiaban demasiado en los vigilantes. Aquel discurso no era más que una serie de excusas para expresar su odio contra los vampiros sin tener que hacer nada a cambio. Se pensaban que los vigilantes estaríamos siempre ahí. La gente se permitía el lujo de olvidarse de los vampiros porque nosotros nos encargábamos de solucionar ese problema. La humanidad no sabía valerse por sí sola. Se habían convertido en un chiste.

—Hasta que dejemos de serlo —dije.

—¿Eso va a pasar alguna vez? —preguntó Claude—. Yo lo dudo mucho.

—La campana final se hizo por un motivo, no lo olvides —le dije.

—Esa campana no tuvo que hacerse nunca —dijo Claude—. La gente vivía mucho más tranquila antes de que esa monstruosidad estuviera en la ciudad.

La campana final era un invento que llegó años después de la fundación de la orden. A algunas personas importantes les preocupaba que los vigilantes fallaran y que nadie se enterara. Construyeron una campana para salir por patas si nosotros fallábamos. Lo que no sabían era que, si nosotros fallábamos, la humanidad estaba perdida.

—Cuando se estaba construyendo —dijo Claude— la gente tuvo más miedo que nunca. Pensaban que, si algo así era necesario, tal vez los vampiros podrían ganar.

—El miedo a veces hace que la gente recuerde lo que es el mundo real —dije.

—Tienes razón —dijo Claude—. Pero en el mundo real jamás ha sonado esa campana.

—Y espero que nunca lo haga —dije sinceramente—. Voy a continuar con lo mío.

—Adiós Bert. Y oye, si un día de estos te cargas a un vampiro, tráeme algo. Sus colmillos, por ejemplo. A estos chicos les volvería locos ver algo así.

Con razón les llamaban fanáticos. La orden no permitía cosas como aquella. Pero tal vez lo hiciera por cabrear a algún alto rango con pocas preocupaciones en la cabeza.

Estaba sentado en el tejado de la torre del reloj. Aquel sitio me relajaba. Cuando terminaba de recorrer la ciudad, iba a sitios como ese que me permitían estar aislado. Llevaba muchas horas moviéndome, me gustaba descansar el cuerpo. La mente, por otro lado, llevaba horas descansando. Todavía no había consumido las hojas de locus que Emma me había dado. Necesitaba lucidez para lo que iba a hacer a continuación.

Cuando el locus llegó a mi estómago, mi cabeza empezó a llenarse de lucidez. Para mí era un proceso natural, por todas las veces que lo había realizado. Sin embargo, las primeras veces que mi mente fue dotada de lucidez, me pareció algo inhumano, antinatural. Era como si los humanos no debiéramos hacer algo así.

Lo que debiéramos hacer me traía sin cuidado. Estaba más que acostumbrado a la lucidez. Incluso a un uso excesivo de ella. Excesivo en comparación al límite que la orden dictaminaba. Uno era capaz de notar los cambios que se producían en la mente al consumir lucidez. Una sensación de energía se propagaba por

todo el cuerpo, especialmente en la zona de la cabeza. La mente funcionaba más deprisa. Los límites físicos del cuerpo se rompían. Y, entre esas habilidades que cualquier persona era capaz de comprender, llegaban otras que eran incomprensibles, incluso para algunos vigilantes.

Las personas normales lo llamarían “poderes”. A mí me gustaba llamarlos secretos. Secretos que eran introducidos en tu cabeza una vez manejabas ciertas cantidades de lucidez. Cuando un secreto impactaba contra tu mente, te daba la sensación de que siempre había estado ahí. Una de esas cosas que resultan obvias una vez te la cuentan, pero que jamás habrías llegado a esa conclusión por tu cuenta.

El límite de lucidez que establecía la orden te daba acceso a varios secretos. Pero los más interesantes se alcanzaban cuando sobrepasabas ese límite. También era cierto que, si no tenías claro lo que estabas haciendo, podías perder la cabeza. Pensaba que cualquier persona era capaz de acumular tanta lucidez como quisiera. Lo único que necesitaba era una mentalidad fuerte, para evitar perderse a sí mismo en el proceso.

Yo sabía hacerlo. Lo había hecho tantas veces, que el límite en el que empezaba a notar que algo no iba bien era muy superior al de la orden. Y seguía perfectamente cuerdo, por mucho que otras personas afirmaran lo contrario. Tal vez, algún día sería capaz de romper cualquier límite y dotar a mi mente de una lucidez ilimitada. Alguna vez lo había intentado. Era un camino turbulento, pero tal vez fuera capaz de atravesarlo.

En mis intentos, había sido capaz de atisbar secretos mucho más increíbles que cualquiera que ya conocía. La curiosidad me mataba, pero si intentaba llegar más allá sentía como si mi mente se despegaba de mi cuerpo. Era una situación extraña. En ese punto me sentía muy bien. Realmente a gusto. Mi teoría era que, tal vez si seguía por ese camino sería capaz de ascender y de acceder a lucidez ilimitada. Tal vez mi mente cambiaría como parte del proceso de ascender. Pero me daba miedo arriesgarme. Podía estar equivocado. Tal vez perdiera el control de mi mente. No estaba dispuesto a caer en la locura. No estaba dispuesto a darles la razón.

Para lo que quería hacer solo necesitaba llegar a mi límite. Conocía suficientes secretos, y el que iba a realizar a continuación era uno muy bueno. Como el resto, siempre había estado ahí. No había sido capaz de alcanzarlo hasta tiempo después de haber participado en una lucha contra un grupo de vampiros. Exterminamos a la mayoría, pero sé que uno logró escapar.

Alard era uno de los vampiros que más tiempo había logrado sobrevivir. Al menos, de los que yo había visto en persona. El resto de vigilantes no se fiaban de mí. Nadie había visto a Alard después de aquella pelea. Pero yo sí. Pocos meses después de aquello, probando los límites de mi lucidez, fui capaz de entrar en trance. Me transporté a otro lugar. Un sitio alejado de la posición en la que me encontraba en ese momento. Vi cosas que no debería estar viendo. Una escena que me confirmaba que por ahí había pasado un vampiro.

Al principio pensaba que podría estar viendo distintas escenas de distintos vampiros. Pero con el tiempo me di cuenta de que estaba persiguiendo al mismo vampiro. En los últimos meses me fui acercando cada vez más y más. Fui capaz de llegar a ver su silueta. Y hace poco me pareció ver su rostro. Tenía muy pocas dudas de que era Alard. Tal vez hoy fuera el día en el que lo confirmaría por completo.

Emma había sido muy generosa con la dosis que me había dado. Mi mente rebosaba lucidez. Había consumido suficiente como para acceder a este truco. El proceso era sencillo. Mientras relajaba mi cuerpo, dirigía mi mente cada vez más adentro de este secreto. Era capaz de sentir cómo mi cuerpo iba pasando a segundo plano, mientras mi mente se transportaba a otro lugar. Hasta que, al final, lo vi claramente.

Veía un paisaje. Estaba en mitad del campo. Era de día, por lo que no debería haber ningún rastro de vampiros. Escuchaba a un grupo en la distancia. Quería acercarme, pero todavía no sabía cómo controlar este truco con precisión.

El clima empezó a cambiar. Se formaron una serie de negras y gruesas nubes. Yo no sabía mucho sobre meteorología, pero reconocía que aquello no era natural. El grupo se acercó a mi posición. Si era un grupo de vampiros, no deberían ser capaces de hacerlo. En donde yo me encontraba, o, mejor dicho, donde mi mente se encontraba, era de día.

No estaban todo lo cerca que me gustaría para escucharlos con claridad. Intenté usar otro truco. Todos los vigilantes eran capaces de aumentar sus sentidos. Algunos lo hacían de forma constante.

Claro que luego, cuando carecían de lucidez, lo pasaban bastante mal. A mí me gustaba usar los trucos solo en las ocasiones que lo merecían. Así me evitaba el depender de ellos.

Curiosamente, era capaz de usar esos dos trucos a la vez. No entendía la lógica detrás de aquello. Mi cuerpo no estaba ahí, sino mi mente. Que pudiera usar un truco que me permitiera aumentar mi capacidad auditiva en esa situación, me hacía plantearme una serie de preguntas. De cualquier forma, lo importante era lo que podría escuchar gracias a mi capacidad aumentada.

—He superado todos los límites que en algún momento han supuesto un reto para cualquier persona en la historia —dijo una voz que me resultaba familiar.

El silencio del lugar solo era interrumpido por la lluvia que se estaba formando como consecuencia de las nubes. Y por la voz del hombre que estaba dando un discurso. Contaba con un fiel grupo de oyentes.

—He desafiado todo aquello que imposible de desafiar, y he salido vencedor— continuó diciendo.

No me cabía duda. Aquella voz tenía que ser la de Alard. Pero no debería ser posible, era de día. Convenientemente, las nubes eran parasol suficiente como para que pudiera estar andando libremente por el campo. Para asegurarme por completo, aumente mi visión. Me fijé detenidamente en el líder. Vi un rostro pálido, con un pelo largo y negro. Unos ojos profundos y

una expresión tan pícaro como decidida. Indudablemente, aquel rostro era el de Alard.

El grupo era numeroso. De alguna forma, conocía la naturaleza de Alard. Sabía cómo era y qué pensaba. Aquel monstruo insaciable no habría permitido que hubiera un solo humano en ese grupo, a menos que guardara alguna oscura intención. El gran grupo estaba compuesto únicamente por vampiros. Notaba la intranquilidad en los ojos de algunos. Sin embargo, la mayoría parecían eufóricos. Confiaban en su líder y estaban dispuestos a darlo todo.

No debía haber sido fácil reunir a un grupo tan numeroso de vampiros a plena luz del día. Aquellos dementes habían perdido su raciocinio hacía mucho tiempo, pero su naturaleza era muy contraria a lo que estaban haciendo. Alard debía contar con gran fama dentro de los círculos de los vampiros. O con una gran elocuencia y capacidad para convencer. O a lo mejor ambas. De cualquier forma, lo que había logrado era extraordinario. A la vez que peligroso.

—No hay secreto que se me resista —dijo Alard—. Todo lo que necesito es tiempo y poder. Con poder suficiente, puedo ser un dios entre los mortales. Puedo brindar de inmortalidad a quien me plazca. Puedo ver la caída de imperios y ayudar al levantamiento de ellos. Puedo determinar el cauce de un río como me plazca. Y puedo controlar el clima.

Resulta que la formación de las nubes no había sido ninguna casualidad. Alard conocía un secreto que a mí se me escapaba. Tenía más trucos que yo. Por desgracia, no eran trucos

insignificantes. Se conocía suficiente información sobre los vampiros como para determinar una serie de debilidades. La luz del sol era una de ellas. De hecho, era una de las más importantes. Aquello permitía que la humanidad pudiera seguir su actividad en el día a día. Mientras por la noche, los vigilantes nos encargábamos de luchar.

—La humanidad confía en la naturaleza —dijo Alard—. Creen que solo deben estar preparados cuando las condiciones están en su contra. Son listos, usan sus recursos para protegerse cuando su escudo más importante, la luz, desaparece. Sin embargo, no esperan que el día se oscurezca contrariamente al orden natural.

Alard tenía razón, la humanidad no esperaba algo como eso. Y no podrían esperarlo, porque nadie había sido capaz de hacer algo como controlar el clima. Ni siquiera los mejores vigilantes de la historia. Yo tenía razón. La ineptitud de la orden nos condenaría.

Jugaban con algo mucho más grande que ellos y se pensaban que, con lo poco que sabían, sería suficiente. No estaban preparados para sorpresas. Sus limitadas mentes estaban acostumbradas a pensar que, como siempre había funcionado, lo seguiría haciendo. Pero se equivocaban. Yo sabía que se equivocaban.

—Acompañadme en mi ascenso de poder —dijo Alard— y os dotaré de más poder durante el camino. Tengo un plan y las consecuencias de los futuros eventos dejarán huella en la historia de la humanidad. Uníos a mí, o ser testigos de mis palabras. Es vuestra decisión formar parte de lo que viene a continuación. El inicio de una nueva era.

Fuera lo que fuera lo que planeaba, suponía un indudable peligro para la humanidad. Había que hacer algo, había que prepararse para lo que fuera, había que responder. Nadie me había hecho caso en las veces que cuestionaba las limitadas decisiones que se tomaban en algo tan importante como la defensa de la misma civilización. Pero ahora tendrían que hacerme caso. Pues, de lo contrario, estaríamos perdidos.

Estaba inmerso en mis pensamientos. Demasiado que procesar, demasiadas preguntas en mi mente. No me había dado cuenta, pero Alard no estaba hablando. Me fijé en él y le vi relajado, con los ojos cerrados. ¿Le costaba mantener el truco de las nubes y necesitaba concentrarse? Ya era extraordinario que fuera capaz de crear nubes tan negras que sirvieran de escudo contra el sol. ¿También era capaz de controlar esas mismas nubes?

No era eso lo que estaba haciendo. En seguida me di cuenta. Estaba utilizando otro truco. No sabía explicar cómo, pero lo supe. Yo llevaba mucho tiempo en trance. Tal vez más de lo que jamás había soportado. Tendría que volver pronto a mi cuerpo.

Ya había escuchado todo lo que tenía que escuchar y solo necesitaba... Noté algo. No era capaz de seguir viendo nada. Solo había negro. Algo iba mal. Alguien sabía lo que estaba haciendo. Tenía que volver a mi cuerpo, pero necesitaba averiguar qué estaba pasando. Mi mente no estaba dispuesta a dejar que pasara lo que fuera que estaba sucediendo. Con un último empujón de lucidez, recobré el control. Pude ver otra vez.

La situación había cambiado. El grupo seguía en el mismo sitio, pero faltaba alguien. Alard no estaba. Me fijé en otros sitios

cercanos a esa ubicación, pero no vi nada. Giré sobre mi eje y lo vi. Alard estaba a un metro de distancia, quieto como una estatua. Con la mirada fija sobre una cosa en particular. Me estaba mirando a mí.

Capítulo 2: Anticipación

Me encontraba en la catedral. Estaba en uno de sus pasillos subterráneos, plantado frente a una puerta. Emma me había dicho que fuera al despacho de Floyd y esperara. Yo no veía la necesidad de que ningún vigilante tuviera despacho, ni siquiera uno con un alto rango. Supuestamente, nuestro capitán se estaba encargando de un asuntillo.

No tenía tiempo para esperas. Lo que había visto era demasiado importante. Lo suficiente como para apartar cualquier otro asunto. Me abalancé sobre la puerta y la abrí de golpe.

—¡Los vampiros van a atacar! —dije anunciando mi entrada.

Floyd alzó la mirada. Se quedó quieto, como expectante para ver cuál sería mi próximo movimiento.

—Sin duda lo harán —dijo Floyd—. En algún momento tendrán que hacerlo, de lo contrario morirían. Es puro instinto de supervivencia. Por suerte los vigilantes existimos.

—Deja de tratarme como a un bobo y escucha lo que tengo que decir —dije.

—Te escucharía encantado, pero has entrado en mi despacho, sin permiso, y has interrumpido mi trabajo —dijo Floyd señalando su mesa.

Su escritorio estaba lleno de montones de papeles. Era sorprendente que una persona que había llegado a ser vigilante, acabara en un trabajo como aquel. Yo no dudaba que Floyd hubiera sido un buen vigilante en algún momento, pero aquel Floyd había sido por montañas de papeleo. La persona que tenía delante era una muy distinta.

—Esos papeles pueden esperar, los vampiros no —dije firmemente.

—Te voy a escuchar —dijo Floyd—, pero no será de buena gana. Más vale que merezca la pena.

No sabía cómo abordar el tema. Todavía no había terminado de asimilar todo lo que había visto. Alard estaba organizando un ataque. Tenía poderes nuevos. Y eran capaces de librarse de los vigilantes. Si a una mente como la mía le costaba hacerse a la idea, no quería imaginarme lo difícil que sería para una mente mucho menos espabilada como la de Floyd.

—He tenido una visión —dije—. Alard encabeza un grupo de vampiros. Están planeando algo. Hay que avisar a Edmund.

Edmund era el líder de la orden, no solo en Londres, sino de toda la orden. Estaba por encima de Floyd y por encima de

cualquier otro vigilante. Un asunto tan importante como este, había que comunicárselo lo más rápido posible.

—No podemos hablar con Edmund —dijo Floyd—. Ahora mismo está en otra ciudad. Algunos vigilantes han reportado movimientos de varios vampiros, tal vez grupos. Edmund ha ido para asegurarse de que todo va bien.

—Tendremos que apañarnos con los recursos que tenemos —dijo—. Hay que trazar una estrategia, o no estaremos preparados.

—Entiendo —dijo Floyd, escéptico—. Y dime, ¿sugieres que reforcemos los turnos de los vigilantes?

—No. Exijo que se implanten turnos de día.

—¿Cómo dices? —preguntó Floyd.

—Su grupo es grande, pero con un turno normal ya seríamos capaces de acabar con ellos. La amenaza no es esa.

—Entonces, la amenaza está en que este grupo de vampiros es inmune a la luz solar, ¿verdad?

Floyd se estaba riendo de mí. Nunca me había tomado en serio. Pretendía dar a entender de que, por lo menos, escuchaba lo que le decía, pero cada vez me evitaba con más frecuencia. Admito que, en alguna ocasión, pude haber estado equivocado en alguna cosa que le dijera. Pero si por eso mi palabra dejaba de tener valor, toda la orden se podía ir al cuerno.

—No me estás escuchando —dije furioso—. Los vampiros van a atacar de día. Ese es su plan, estoy seguro. Y no porque sean inmunes a la luz del sol, sino porque Alard es capaz de modificar el clima.

Floyd no respondió. Ni siquiera dejó claro si tenía intención de hacerlo. Me sostuvo la mirada durante unos segundos para, finalmente, apartarla en busca de un libro. Tenía varias estanterías repletas de ellos. Cuando alcanzó el que buscaba, comenzó a ojear sus páginas. Se detuvo en una y la leyó de arriba abajo. Hizo el mismo proceso, pero con otro libro un tanto más fino.

—Floyd —dije— esto es serio.

Se guardó ambos libros bajo su brazo. Me miró fijamente. No sabía si me estaba tomando en serio o si estaba decidiendo cómo decirme que dejara de malgastar su tiempo.

—¿Te crees que yo no soy serio? —preguntó Floyd.

Sin darme tiempo para responder, tiró el primer libro a la mesa. Provocó un fuerte sonido al impactar.

—¿Sabes qué libro es?

—No me interesan esa clase de libros —respondí.

—“Registro histórico de vampiros” —dijo Floyd—. Contiene la ficha de todos los vampiros que han existido. Tu novio el vampiro no aparece en él.

—¡No te rías de mí! —dije.

—No se te ocurra levantar la voz —dijo Floyd pausadamente—. No me estoy riendo de ti. Algunos vigilantes afirman que les has intentado convencer de que el tal Alard existe. Que lleva años sobreviviendo y que hay que hacer lo que sea para pararle los pies. Si eso fuera verdad, la orden lo sabría. No es que no te tome en serio, es que no te creo.

La orden era completamente ignorante. No lo dije, pero me gustaría haberlo hecho. Su seguridad se basaba en la premisa “como ha funcionado hasta ahora, lo seguirá haciendo”. Qué fácil era vivir de aquella manera. La orden tenía una responsabilidad muy importante como para poder permitirse el lujo de tener una vida sencilla. Pero los que mandaban eran una panda de inútiles.

—No me creas sobre la existencia de Alard —dije—, pero créeme en esto. Ese grupo de vampiros puede crear nubes tan negras que para los rayos del sol.

—Un grupo de vampiros que has visto en una de tus visiones, ¿verdad? —dijo Floyd.

Tiró el segundo libro sobre la mesa. Este lo conocía, como cualquier vigilante. Era una lectura obligatoria que realizabas cuando estabas en proceso de convertirte en vigilante. El libro se llamaba “Lucidez, de principio a fin”.

—Este libro no se ha modificado desde que los humanos fuimos capaces de usar la lucidez a nuestro favor —dijo Floyd—. Nadie ha sido capaz de descubrir nuevos poderes mediante el uso de lucidez.

—Eso es porque nadie ha pasado el límite establecido por la orden —respondí.

—¿Crees que no se ha intentado? —preguntó Floyd.

—Claro que se ha intentado, con mentes inadecuadas y sin el entrenamiento necesario.

—Se intentó con algunos de los mejores vigilantes de la orden —dijo Floyd—. Con pruebas rigurosas. No es posible lograrlo sin caer en la locura.

—No somos los únicos que usan lucidez —dije.

—Tampoco somos los únicos que tienen un límite —dijo Floyd—. Está demostrado que, los vampiros, son incapaces de absorber más lucidez. Su lucidez es constante, ni crece ni disminuye. Eso quiere decir que sus poderes son igual de limitados que los nuestros.

—En conclusión —dije—, no me crees y estás dispuesto a correr el riesgo de que sea verdad lo que digo.

—La conclusión es —dijo Floyd—, que no tienes ninguna prueba de lo que dices.

—Para cuando pueda darte alguna prueba, el cielo estará tan negro que será demasiado tarde.

—Te recomiendo que te esmeres en encontrar alguna antes de que eso pase —dijo Floyd—. Emma augura que, al menos durante los diez próximos días, no habrá ningún peligro con el clima.

Emma, entre otras cosas, era la encargada de determinar el riesgo del clima. No era muy usual, pero el cielo podía volverse lo suficientemente poblado de nubes como para que los vampiros no se vieran afectados por la luz del sol. La orden controlaba este riesgo teniendo a alguien que, mediante la lucidez, fuera capaz de adivinar el clima. Emma lo llevaba haciendo en Londres desde hacía mucho tiempo. Y nunca había fallado.

—Dame una solo prueba y te empezaré a hacer caso —dijo Floyd—. Hasta entonces la orden no dedicará sus recursos a algo que podría ser un sin sentido. Sal de mi despacho y duerme un poco. Hoy te toca salir.

Floyd no lo sabía, pero yo salía cada noche. No estaba dispuesto a quedarme sentado esperando a que alguien que no conocía mis capacidades, decidiera por cuando debía salir y cuando no.

Aunque fuera capaz de conseguir alguna prueba, aquel hombre no haría nadie. Seguro que diría algo como “esperemos a que llegue Edmund y decida qué debemos hacer”. No me explicaba cómo una persona con tan poco iniciativa estaba en un puesto como ese.

Había intentado buscar ayuda en la orden y había fracasado. Si quería conseguir algo, tendría que ser de otra forma.

Rosie y yo estábamos en medio de nuestro turno de vigilantes nocturnos. No era común que dos vigilantes fueran juntos

durante su turno. Lo normal era que pasaras la noche solo, cubriendo una buena parte de las afueras. A Rosie le gustaba acercarse a mí en alguna ocasión. A veces con ganas de conversar y otras simplemente para hacerme compañía. Por el motivo que fuera, hoy había decidido acompañarme.

—Pareces perturbado —dijo Rosie.

Rosie debía tener un don para aquellas cosas. A mí no me parecía que tuviera una expresión muy distinta a la que solía tener normalmente. Pero ella era capaz de fijarse en los pequeños detalles. Tal vez por no me consideraba un loco. Tal vez por eso daba gusto hablar con ella.

—Lo parece, y lo estoy —dije—. Floyd no me escucha. Es un incompetente. Llegará el día en el que su ineptitud nos condene.

—Venga, no seas tan duro con él —dijo Rosie—. No tiene la culpa de que su trabajo sea un asco.

—Es responsable de sus vigilantes. Y, por desgracia, a este vigilante le tiene menos en cuenta por lo que dicen los otros vigilantes —dije señalándome.

—¿Qué ha hecho para no tenerte en cuenta esta vez? —preguntó Rosie.

Iba a tener que explicar de nuevo todo lo que había visto. Repetir las cosas no era algo que me gustara hacer, sobre todo si, probablemente, no sirviera para nada. Pero con Rosie sería distinto. Ella sí me escucha.

—He tenido una visión —dije—. Alguna vez te he hablado de Alard. Esta vez lo he visto claramente, era él. Ha reunido a un grupo de vampiros. Tienen algún tipo de plan para atacar. No sé qué traman exactamente, pero sé que atacarán de día. Alard puede crear nubes tan negras que tapan la luz del sol.

Terminé de hablar. Rosie no dijo nada durante varios segundos. Eso era buena señal. A mí mente le costó asimilar todo eso varios segundos, la de Rosie no sería una excepción.

—¿Esto lo sabe Edmund? —preguntó Rosie.

—Edmund está en otra ciudad, encargándose de un asunto —respondí.

—¿Qué ha dicho Floyd? —preguntó Rosie.

—Chorradas, como es costumbre —respondí—. Dice que Alard es producto de mi imaginación. Esa es una batalla que no tiene sentido luchar, no voy a seguir intentando convencerle de que se equivoca. Y dice que no es posible que existan más poderes de los conocidos.

—Aunque Floyd se equivoque, la orden puede encargarse de un grupo de vampiros durante el día —dijo Rosie—. Ya ha pasado otras veces.

Rosie no se equivocaba. En alguna ocasión, el cielo se había nublado de forma natural. Eso daba pie a que los vampiros atacaran. La orden estaba preparada para situaciones como aquella. Con la campana adecuada, varios grupos de vigilantes

estarían listo en cuestión de minutos. Pero aquello no sería suficiente para esta ocasión.

—No podemos arriesgarnos con eso —dije—. Alard sabe cómo librarse de los vigilantes. Desconozco su plan, pero si es cierto, no importa la cantidad de vigilantes que haya.

—Eso sí que es imposible —dijo Rosie—. No me creo que los vampiros sean tan poderosos como para que no tengan que luchar contra nosotros. Probablemente ese plan consista en un ataque rápido y por separado. Algunos vampiros no tendrán que luchar porque los vigilantes estarán ocupados dando caza a otros vampiros.

—No sé cuál es su plan, pero estoy seguro de que algo gordo va a ocurrir —dije.

—Sea cual sea la amenaza, los vigilantes acabaremos con ella —dijo Rosie.

Rosie no estaba comprendiendo la gravedad de la situación. Estaba siendo demasiado optimista. Potencialmente, aquella amenaza podría ser la mayor a la que se hubiera enfrentado la humanidad. Y a nadie parecía importarle. Si a Rosie le importaba, desde luego no parecía estar escuchándome. Al menos, no de la forma en la que debería estar haciéndolo.

—¿No me crees? —pregunté—. ¿Crees que Floyd tiene razón y que hay que esperar de brazos cruzados?

—Te creo Bert —dijo Rosie—, pero me cuesta creer que algo malo vaya a pasar. Desde hace años, los vampiros sobreviven a

base de sobras porque la orden los mantiene a raya. Ya hemos ganado la batalla.

—Te equivocas. Hemos ganado alguna batalla, pero la guerra no ha terminado. Una batalla decisiva podría hacernos perder la guerra. Y eso es lo que pasará si vuestras limitadas mentes no ven más allá.

—Puede que tengas razón, pero te estás pasando —dijo Rosie.

—Si esto es algo gordo, me habré quedado corto —dije.

—Se acabó. Siempre te he prestado atención. Lo único que intento es darte otro punto de vista, pero se ve que eso no te sirve de nada —dijo Rosie.

Me dio la espalda y empezó a caminar. Rosie y yo habíamos discutido alguna vez. Puede que, en alguna de esas veces, le haya pedido perdón porque me importara más mi relación con ella que tener razón. Sin embargo, en esta ocasión, las consecuencias podían ser devastadoras. No estaba dispuesto a ceder en un tema de tal magnitud.

—¡Decide si merece la pena correr el riesgo!

Recorría las calles de Londres, como todos los días. Me estaba quedando sin opciones. Tener que trabajar solo era algo a lo que estaba acostumbrado. No era capaz de soportar a otras personas cuyas mentes carecían de criterio propio. Y explicar el mío a veces

resultaba agotador. Trabajar con alguien suponía tener que entenderte con esa persona. Y a mí nadie me entendía.

En el resto de ocasiones no era algo que me preocupara, pero ahora necesitaba que me escucharan. Algo muy gordo iba a pasar, y no sería capaz de detenerlo por mí mismo. La orden quería pruebas, pero yo no podía dárselas hasta que fuera demasiado tarde. Rosie me había escuchado, pero lo cierto era que no había servido de mucho.

Hasta ahora estaba solo, pero esperaba dejar de estarlo en poco tiempo. Llevaba un rato caminando por estas calles, con un objetivo claro. Mis oídos de vigilante me habían permitido detectar el sonido de la voz de un hombre cabreado a kilómetros de distancia. Este no era cualquier hombre cabreado, sino uno que yo conocía.

Claude estaba dando su habitual discurso frente a un grupo de gente que le apoyaba. Aquel hombre me admiraba. Y él a su vez era admirado por un buen número de personas. Y no cualquier tipo de personas. Eran gente muy devota a la orden, y con cierta influencia sobre ella. Si conseguía que Claude me apoyara, tal vez él y el resto de fanáticos podrían convencer a la orden para que hicieran algo.

Como ya era habitual, Claude fue relevado por otro fanático que continuó con su discurso poco después de que me viera llegar. Se acercó para hablar conmigo.

—Dime que tienes algo para mí Bert —dijo Claude—. Ni que sea medio colmillo. Algo ha tenido que pasar últimamente a las afueras, lo presiento.

—Lamento no poder darte una alegría Claude —dije—. Me temo que traigo malas noticias.

—¿Malas noticias? ¿De qué se trata? —preguntó Claude.

Como ya lo había contado varias veces, tenía muy claro cómo afrontar el tema. También tenía claro que, probablemente, no le iba a gustar lo que tenía que contarle.

—Recientemente he descubierto que un grupo de vampiros se está preparando para atacar la ciudad en los próximos días.

—¿En serio? Cuéntame que más sabes —dijo Claude.

—Pareces ilusionado —dije confundido.

—¡Por supuesto! Estaba esperando algo así desde hace tiempo. La orden lleva una buena temporada sin una lucha importante contra los vampiros, y algunos fanáticos se están volviendo menos... fanáticos. Una buena historia servirá para aumentar los ánimos de la gente de aquí dentro.

Que algo como aquello le ilusionara me hacía replantearme la idea que tenía de las motivaciones de los fanáticos. Era algo muy serio, con vidas en juego. Y luego era yo el que estaba loco.

—Ese es el problema, la orden no va a luchar contra ellos —dije.

—¿Cómo dices? —preguntó Claude alarmado.

—El ataque será de día. El líder de este grupo puede invocar nubes tan negras que cubran de oscuridad toda la ciudad. La orden cree que podrá contrarrestar el ataque cuando ocurra, pero no creen que deban prepararse.

—Y crees que se equivocan —dijo Claude.

—Así es —dije.

—Te creo Bert, pero también confío en la orden. Y en todos los vigilantes que la componen —dijo Claude.

—Yo también confió en la habilidad de los vigilantes para masacrar vampiros —dije—. Pero Floyd es un inepto. No comprende la gravedad de la situación. Tienen un plan para no tener que luchar contra los vigilantes. Si no nos preparamos, estamos perdidos.

—Entiendo. Si me estás contando algo es porque necesitas algo. ¿Qué quieres que haga? —preguntó Claude.

—Necesito que los fanáticos presionen a la orden para que instauren un turno de día —dije.

—Ahora voy a ser yo el que te de las malas noticias. No puedo hacer eso —dijo Claude.

—¿Cómo dices? —pregunté ofendido.

—Tengo influencia sobre los fanáticos, es verdad. Pero para hacer algo como lo que me estás pidiendo tendría que tener muy buenos argumentos.

—Te los acabo de dar. Si no me haces caso estamos perdidos del todo —dije.

—Te hago caso, creo en lo que me dices —dijo Claude—. Verás, yo tengo una buena imagen sobre ti, pero la mayoría de gente no. No puedo presionar a Floyd si no hay un vigilante con buena reputación que apoye lo que dices.

—¿Cómo sabes que no lo hay? —pregunté.

—Porque te conozco y porque sé que si me estás pidiendo esto es porque tienes pocas opciones —dijo Claude—. Me encantaría poder convencer a toda esta gente de los que dices, pero si lo intento de la forma en la que me pides es mi reputación la que caerá.

—Tienes razón, hasta ahora nadie me ha apoyado —dije—. Pero no es ese el motivo por el que he acudido a ti en último lugar. Pensaba que podía confiar en ti y que tú serías el único que no me fallaría.

—Y puedes confiar en mí, pero no soy capaz de hacer lo que me pides. Lo siento —dijo Claude.

—¡Tienes que intentarlo! ¡Si no haces nada estaremos perdidos!

Claude no me respondió. La expresión de su cara era de incredulidad. No me había dado cuenta, pero la gente de la zona había empezado a mirarme. Había levantado la voz demasiado. No me sentía culpable. Lo que estaba diciendo era muy importante, y nadie parecía darse cuenta.

Claude me hizo un gesto para apartarnos del grupo de personas.

—Intentaré ayudar —dijo Claude—. Puedo hablar con Floyd y presionarle. Le puedo decir que, si no hace algo, llevaré a grupos de personas diariamente a las puertas de la orden para protestar.

—Deberías llevar a esos grupos directamente —dije.

—No puedo. Te estoy diciendo que puedo intentar hacer un farol, pero no puedo hacer nada más.

—Entonces Floyd esperará y no hará nada —dije.

—Es todo lo que puedo hacer —dijo Claude—. Me gustaría hacer algo más, pero a menos que puedas convencer a otro vigilante, no puedo convencer a ningún fanático para que presionemos a la orden.

—No quiero recurrir a eso, no me gusta trabajar con otro vigilante —dije—. Pero si es la única opción, tal vez lo intente. Espero que cuando lo consiga no sea demasiado tarde.

Sentí como algo pequeño y húmedo impactaba contra mi frente. Era una gota de agua. Como estaba hablando con Claude, no me había dado cuenta. El cielo se estaba nublando. El color de las nubes era gris. Por suerte no era completamente negro, pero me temía lo peor. No estaba dispuesto a correr el riesgo, tenía que volver a la orden. Volví a bajar la mirada y me encontré a Claude fijándose en el cielo, expectante.

—Esperemos que no sea demasiado tarde —dije.

No había tiempo que perder. Aumenté mis capacidades físicas mediante el uso de la lucidez. Flexioné mis rodillas y me impulsé para pegar un salto. Alcancé el tejado más cercano con la potencia del salto. Corrí de tejado en tejado. Tenía que moverme con rapidez. En las calles tenía que esquivar a las personas, en los tejados no había nadie. Tenía que moverme rápido y esperar que no fuera demasiado tarde.

La ciudad estaba a oscuras, pero conocía un truco para mejorar mi visión. Las gotas de lluvia golpeaban contra mi ropa. Me dirigía a la campana final. Durante el trayecto, pensaba que lo más adecuado era ir a la orden y convencer a Floyd. Había preparado varios argumentos porque, lo más probable era que no me creyera. Sin embargo, las nubes habían empezado a ennegrecerse. Antes de eso incluso yo tenía alguna duda. Pero Emma había dicho que no debería llover. Y no solo estaba lloviendo, sino que además ya no había luz solar.

Todas mis dudas habían sido despejadas. Sabía que tenía que tocar la campana. Era una responsabilidad muy grande, nadie antes lo había hecho. Y era una desgracia que ahora tuviera que hacerlo yo.

Finalmente llegué al campanario. La campana era realmente grande. Tan grande, que solo un vigilante con la ayuda de lucidez podría tirar de la cuerda que haría que sonara. No tenía tiempo

que perder. Aumenté mi fuerza todo lo que la lucidez que tenía me permitía. Agarré la cuerda y tiré con fuerza.

Las vibraciones que producían el sonido de la campana impactaron contra mis oídos. Era un sonido extremadamente fuerte. La música de cada campanazo impactaba contra el rincón más profundo de mi mente. Lo que estaba pasando no era agradable, pero lo que estaba haciendo me llenaba de energía. Estaba preparado para enfrentarme a esos demonios.

Sin dejar de tocar la campana miré hacia las calles. La gente había entrado en pánico. Sabían lo que significaba que la campana estuviera sonando. Sabían que era demasiado tarde. Sus gritos de desesperación eran casi tan profundos como el sonido que la campana producía. Corrían desesperados buscando un lugar en el que refugiarse. Pero la realidad era que no había lugar para esconderse.

Solté la cuerda y me centré. No sabía nada de la orden. A esas estaturas, ya deberían haber hecho algo. Necesitaba saber cuál era el plan que habían realizado. Necesitaba saber qué tenía que hacer yo a continuación.

La catedral de la orden no estaba precisamente cerca. Me orienté hacia ella y aumenté mi capacidad auditiva. Saqué mi campana de mano y la hice sonar. Esperaba respuesta. En función de la vibración que produjera la campana que ellos usaran de respuesta, sabría exactamente lo que tenía que hacer.

No escuché ninguna campana. Intenté esforzarme, tal vez por el ruido de la gente no era capaz de percibir la vibración adecuada.

Pero eso no era posible. Mi oído estaba perfectamente entrenado. Debería ser capaz de diferenciar aquellos sonidos. Si no estaba escuchando una campana de respuesta era porque nadie la estaba tocando.

Tal vez había otra posibilidad. ¿Sería este el plan de Alard? A lo mejor estaba usando un truco para inhibir el sonido de las campanas. O a lo mejor había pasado algo mucho peor. De cualquier forma, necesitaba la ayuda del resto de vigilantes. Tenía que ir a la catedral.

Capítulo 3: Caos

Me encontraba en la catedral. No había nadie en la entrada. Si quería buscar a algún vigilante, tenía que ir a los pasillos subterráneos. Aunque toda la catedral era de la orden, el espacio que usábamos los vigilantes era el que estaba bajo tierra. Noté un olor extraño procedente del lugar al que me aproximaba.

La entrada a los pasillos debería estar cerrada. Normalmente, llegabas, te identificabas y te dejaban entrar. Pero, en esta ocasión, la puerta estaba abierta. Y no había nadie para comprobar si eras vigilante o no. Además, no escuchaba que hubiera nadie en alguno de los pasillos. Con mi capacidad auditiva debería ser capaz de percibir el más ligero sonido, pero no percibía nada.

Esta era una situación de riesgo. Se necesitaba hasta el último vigilante para combatir la amenaza. Si no había gente en la catedral sería porque debían estar fuera luchando. Maldita sea, tal vez incluso el inútil de Floyd hubiera salido a luchar. Eso era bueno, a lo mejor así conseguiríamos parar la amenaza. Sin embargo, yo necesitaba saber qué debía hacer.

Como estaba acostumbrado a trabajar solo, no me faltaba iniciativa. Pero esta era una situación extraordinaria en la que debía coordinarme a la perfección con el resto de vigilantes. Para ocasiones como esta, era capaz de ver la utilidad de una cadena de mando.

Sin embargo, en la catedral no había solo vigilantes. Emma, por ejemplo, no tenía experiencia en combate. No tenía sentido que ella no estuviera en la catedral. A menos que hubiera salido para ayudar a los ciudadanos.

La realidad me impactó tan fuerte como si una tonelada de roca me cayera encima. El cadáver de un vigilante estaba tendido en medio del pasillo. Los vampiros habían atacado. Comencé a recorrer los pasillos con prisa. Seguía encontrando cuerpos moribundos a mi paso.

Revisé las habitaciones, y no fui capaz de encontrar a una sola persona viva. Este era el plan de Alard desde el principio. No consistía en no tener que luchar contra los vigilantes, sino que, literalmente, se iban a librar de ellos.

Llegué a la zona de los dormitorios. El retrato que percibían mis ojos era digno del cuadro más macabro de la historia de la humanidad. Toda la habitación era un verdadero caos. A esa hora era de día, por lo que la mayoría de los vigilantes estarían durmiendo. El ataque les tuvo que pillar totalmente desprevenidos.

Recorrí cada dormitorio, examinando todos los cadáveres. Rosie era una de las que debía estar durmiendo. Tenía que

encontrar su cuerpo. En los mejores casos, los cuerpos moribundos solo tenían un ataque directo al corazón o a la garganta. En otros casos, habían tenido menos suerte. Extremidades arrancadas del tirón, cuerpos medio comidos, piel arrancada... No llamábamos demonios a los vampiros por ninguna razón.

No fui capaz de encontrar el cuerpo de Rosie. Eso significaba que tal vez era uno de los cuerpos que estaba comido a medias. O uno de los que estaba tan desfigurados, que era imposible reconocerla. O tal vez... Tal vez estaba viva. Rosie era una chica lista, tal vez me había hecho caso y se había preparado. Esperaba que fuera aquella opción.

Mientras recorría uno de los pasillos, me dio la impresión de escuchar una leve respiración. Intenté seguir el sonido. Al final iba a resultar que no estaba solo en aquel lugar. En ese punto me esperaba cualquier cosa. Pensaba que a lo mejor me encontraría con un vampiro. Pero no tenía claro si prefería el vampiro o la persona a la que me encontré.

Floyd estaba tumbado, apoyado parcialmente en la pared y respirando a duras penas. Estaba cubierto de sangre, y tenía una lanza de madera clavada por las costillas. Farfullaba palabras que no lograba entender. No podía decir que me reconfortara ver a aquel hombre pagar por su negligencia. Pero tener razón, aunque tuviera unas consecuencias tan catastróficas, me resultaba reconfortante.

Me acerqué a Floyd. Le agarré con mis brazos y me centré en él. Me miró, con una expresión de incredulidad y miedo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Tenías razón —dijo Floyd—. Han atacado. Han arrasado con la orden. Intentamos contraatacar, pero fue demasiado repentino.

—Dime algo que no sepa.

—Estamos perdidos. He visto lo que hacen. No hay forma de que se salve nadie —dijo Floyd.

—¡Maldita sea Floyd! ¡Dime algo que me sirva! —le exigí.

—¿Qué quieres escuchar Bert? Estamos perdidos —dijo.

—¿Cómo lo han hecho? ¿Has visto a Alard? ¿Han usado algún truco que desconozcamos? Necesito información Floyd.

—Y yo necesito que me hagan una cirugía y me saquen de esta —dijo Floyd entre risas.

No me reí. La situación era tensa y aquel hombre estaba desperdiciando los últimos momentos que le quedaban de vida.

—No sé si he visto a Alard, pero sí a un vampiro con las características que afirmas que tenía —dijo Floyd.

—Entonces es él. Y está aquí —dije.

—Aquí no queda nadie, excepto tú y yo —dijo Floyd—. La ciudad está siendo arrasada en estos momentos, y no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

—¿Y Rosie? ¿Qué hay de ella? —pregunté esperanzado.

—Rosie no ha corrido un mejor destino que el mío —dijo Floyd—. Estaba despierta. Por algún motivo, se fue al almacén. Lo último que se de ella es que hizo explotar aquella sala, quedando enterrada en el proceso.

Rosie me había hecho caso. Realmente había confiado en mí. No sabía si se había quedado despierta en alguna otra ocasión, pero lo que estaba claro era que aquello lo había hecho porque quería ayudarme. Sin embargo, ojalá me hubiera ayudado de otra forma.

Su estrategia fue inteligente. La lucidez también causaba algún efecto en los vampiros. Les volvía más frenéticos. Privarles de locus que consumir, era un golpe para ellos.

—¿Todo el almacén ha sido destruido? —pregunté.

Floyd no respondió. Tenía los ojos cerrados. No sabía si me estaba ignorando o si había muerto del todo. No. No estaba muerto. Podía notar que todavía tenía pulso.

—¡Floyd! —grité mientras le meneaba.

Abrió los ojos de golpe.

—Sí, no queda nada —dijo Floyd.

—¿Llevas locus encima? Voy a necesitarlo —dije.

—Quédatelo todo —dijo mientras se esforzaba por indicarme dónde lo tenía guardado.

Lo cogí y lo consumí de inmediato. Una ola de lucidez pasó por todo mi cuerpo. Llevaba muchas horas despierto y aquello me renovó las energías.

—Ahora déjame tranquilo —dijo Floyd—. No quiero más problemas. Solo quiero dormir.

Sus palabras pesaban cada vez más. Aquel hombre iba a morir. Tal vez no fuera consciente, pero así iba a acabar. Escuché un ruido en la distancia. No era un solo ser, sino varios. Se estaban moviendo, avanzando por los pasillos. ¿Eran vampiros? Floyd había dicho que se habían marchado.

Mis dudas se despejaron pronto. Reconocía el olor del hombre que lideraba el numeroso grupo. Conocía aquellos pasillos a la perfección, por lo que no me costó encontrarlos. Mi vista lo confirmó por completo. Claude dirigía a un grupo de personas armados con antorchas. Debían ser los fanáticos. Cuando aparecí, se me quedaron mirando.

—Gracias a Dios que está vivo —exclamó Claude.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté.

—Pensé que en ningún lugar estaríamos más a salvo que en la catedral —dijo Claude—. Sé que no deberíamos estar en estos pasillos, pero la puerta estaba abierta.

—Lo sé Claude. Yo he llegado no mucho antes que tú —dije.

—¿Estamos perdidos Bert? —preguntó Claude—. ¿Huir es todo lo que podemos hacer?

Desde que conocía a Claude siempre me había hecho preguntas sencillas. Cuántos vampiros había matado, qué otros vigilantes de renombre conocía, qué opinaba la orden acerca de tal asunto... Pero esta pregunta era la más complicada que me había hecho.

—No Claude, no está todo perdido —dije—. Mientras esté vivo, esta ciudad todavía puede salvarse.

—¡Eso es lo que quería escuchar! —dijo Claude aliviado—. Dime, ¿hay alguna forma en la que te podamos ayudar?

—No te ofendas Claude, pero sabes que no me gusta trabajar en equipo. Y dudo que este grupo pueda hacer algo contra esas bestias.

—Si el número es un problema lo puedo solucionar —dijo Claude—. Estos son los que he podido reunir, pero puedo conseguir el triple de fanáticos en un momento. Sé cómo localizarlos.

Personas sin entrenamiento ni conocimiento sobre los vampiros no iban a suponer una diferencia notable. Pero aquella gente no eran personas cualesquiera. Estaban muy motivados. Admiraban a los que luchaban contra esos demonios. Y ahora tenían la oportunidad de enfrentarse a ellos. Además, tenían algo de conocimiento sobre los vampiros.

—Está bien, acepto tu oferta —dijo finalmente—. Pero vais a necesitar algo más que antorchas para luchar. Os doy permiso para buscar cada arma, cada hacha, cada lanza, cada trabuco y cada cadena de plata y armaros.

—Poder usar armas de verdad, le subirá la moral a esta gente —dijo Claude.

Se dio la vuelta, dispuesto a hablar al grupo que le seguía.

—¡El último vigilante nos ha permitido ayudarlo! —dijo gritando—. ¡Armaros con todo lo que veáis! ¡Vamos a salir para acabar con esas bestias y salvar la ciudad!

Recibió gritos de apoyo como respuesta.

—¿Tú qué vas a hacer? —me preguntó Claude.

—Voy a limpiar esta ciudad.

Recorría las calles de Londres. Esta ocasión era muy distinta a los otras. No había gente por las calles. No había ruido. Y no había luz. Sin embargo, la ausencia de esas cosas en esta situación me iba a suponer una ventaja.

Había memorizado cada rincón y cada esquina de la ciudad. Recorrerla diariamente cumplía un propósito. De la misma forma que, en el turno nocturno de vigilante, usábamos la lucidez para controlar los cambios en una zona, yo lo había hecho con toda la ciudad. Era difícil de explicar, pero tenía un mapa muy preciso en mi cabeza.

Cuando recorría la ciudad, recopilaba hasta los detalles más pequeños, dejándolos grabados en mi cabeza. Cada olor, cada sensación, cada vistazo... Todo me aportaba información para

hacer un exacto mapa de la ciudad. Por desgracia, estos mapas eran estáticos. Una vez imprimía la imagen de una calle en mi cabeza, no variaría hasta la próxima vez pasara por esa misma calle.

Dicho de otra forma, no podía percibir los cambios de algún rincón hasta que volviera a pasar por él y lo comparara con la imagen que tenía en mi cabeza. Si volvía a visitar un lugar que había visitado el día anterior, notaría todas las huellas, todo polvo nuevo y hasta todo el cambio de humedad que había respecto al día anterior. De esta forma, sería capaz de percibir por dónde había pasado algún vampiro.

No había sido tarea fácil. Pero, con el tiempo, había aprendido a catalogar las distintas pisadas y a diferenciar entre distintos tipos de señales. En ocasiones, había intentado seguir el rastro de alguna persona. Me había sorprendido a mí mismo consiguiendo seguir el recorrido que esa persona había hecho durante un día. Sabía todo lo que había hecho. Gracias a mi esfuerzo y constancia, ahora sería capaz de seguir el rastro de todos los vampiros.

Pude notar el rastro de uno. Entre el resto de rastros de personas que corrían desesperadamente, pude notar una serie de huellas poco comunes. Durante todo el tiempo que llevaba grabando la ciudad en mi mente, no había visto nada parecía. Tenía que ser un vampiro.

Seguí el rastro durante varias calles. La lucidez me permitía realizar todo el proceso con agilidad. El camino me condujo a una casa. Mis sentidos me decían que un grupo de personas se debían

haber intentado refugiar ahí. Esperaba que no fuera tarde para aquella pobre gente.

La puerta estaba cerrada y reforzada, pero el rastro del vampiro me indicaba que había entrado por una ventana de otro piso. Yo no tenía tiempo para andarme con rodeos. Tiré la puerta debajo con una fuerte patada. La habían reforzado bien, tal vez hubieran ganado unos segundos de ventaja si el vampiro hubiera intentado tirarla abajo. A mí no me costó tanto. Estaba repleto de lucidez, y motivado para hacer mi trabajo.

Entré en el recibidor. Podía notar que los dormitorios estaban ubicados en las plantas superiores. El rastro del vampiro venía de arriba, pero no había abandonado la casa directamente. La casa tenía un sótano. Debía ser ahí donde la familia se intentó refugiar. Sin embargo, no corrieron muy buena suerte.

Una puerta de metal yacía en el suelo. Observando la entrada del sótano, pude deducir que la puerta había sido arrancada por la fuerza. Las señales que había me indicaban que el vampiro había entrado y había salido de aquella habitación. Había llegado tarde. Pero tal vez no demasiado tarde. Me negué a entrar en el sótano. No quería presenciar la escena que el vampiro debía haber dejado.

El rastro de mi objetivo me decía que había abandonado la casa hacía no mucho tiempo, por una de las ventanas. Salí velozmente en su busca. Tuve que recorrer un par de calles a toda pisa, pero finalmente pude dar con él.

Una bestia alta y pálida se encontraba enfrente mía. La sangre le cubría la boca y el pecho. Sus afilados dedos estaban resacos de

sangre. Sus oscuros ojos, estaban inyectados en sangre. En las largas noches de poca actividad, se me olvidaba el propósito de mi trabajo. Pero cada vez que se me presentaba aquella figura, tenía claro que un demonio como aquel, debía ser exterminado.

—Vaya, pero si queda un soldadito más —dijo el vampiro con tono burlón—. Pensaba que nos habíamos cargado a todos.

—Pues ya ves que no —dije.

—Verás, a mí no me importa exterminarte vigilante, pero la ciudad ya está perdida. Te voy a hacer una oferta única. Márchate ahora y te dejaré vivir.

—Nadie se va a ir de aquí —dije con un tono inquisitivo.

—Vaya, tan gallito y tan solito —dijo el vampiro—. Bueno, te he dicho que era una oferta única. Y cómo no la has tomado, no me queda otra opción que acabar contigo.

—Te estoy esperando, feucho —respondí.

El vampiro saltó al ataque. Estaba preparado en todos los sentidos. */ Contaba con mi hacha de madera y con mi trabuco. Eran los mismo que usaba desde hacía años. Estaban tan cuidados que, a menos que te fijaras minuciosamente, jurarías que estaban prácticamente nuevos. */ Contaba con mi hacha de madera y con mi trabuco. Estaba repleto de lucidez. Sabía los trucos a los que tenía que acceder. Y, lo más importante, sabía cómo vencer a aquella bestia.

Los vampiros eran cascarones vacíos sin personalidad propia. Una vez se convertían, su antiguo ser se esfumaba. Eran

prácticamente animales, movidos por el instinto. Conocía bien sus necesidades y su ansia de supervivencia. Sabía cómo se movían y cómo pensaban. Y sabía exactamente lo que iba a hacer.

Mi oponente realizó un ataque directo, con ambos brazos. Intentaba agarrarme con sus manos. Ágilmente, me protegí con mi hacha, mientras le encajaba un disparo en la rodilla. El vampiro se resistió del dolor.

Retrocedí un par de metros. Siempre venía bien tener algo de distancia. Aquel golpe le había dolido de verdad. Se movía más erráticamente. Aunque los vampiros fueran inmortales, podían sufrir. Cierto era que, a menos que el golpe fuera letal, se acababan regenerando con el tiempo.

Podía percibir el miedo en los ojos del vampiro. No estaba dispuesto a huir, porque sabía que le alcanzaría con facilidad. No podía darme la espalda, porque sería su final. Estaba a la defensiva, y yo lo iba a aprovechar.

Con un decidido salto hacia delante, me situé a escaso medio metro del vampiro. Mi avance le dejó sorprendido. Lancé un golpe lateral con mi hacha, directo a la cabeza. Aunque mis movimientos eran rápidos, el vampiro tenía buenos reflejos. Pudo detener el golpe sin muchas complicaciones.

Mi hacha estaba agarrada por el vampiro con ambas manos. Intentó tirar con fuerza para quitármela, pero me resistí. En lugar de tirar hacia mí para recuperar el control del hacha, empujé hacia él. El empujón fue tan fuerte que moví al vampiro metro y medio.

Le seguí con un salto, situándome a su espalda. Tenía ventaja y debía aprovecharla antes de que se diera la vuelta.

Apunté con mi trabuco a su nuca y disparé. Le volé los sesos. El cuerpo del vampiro cayó al suelo, inerte. Aunque pudiera parecer que se había acabado, lo cierto es que quería asegurarme.

Normalmente, podías matar a un vampiro atacándole en el corazón o en la cabeza, siempre que fuera de forma directa y usando madera o plata. Le había disparado con balas de plata. Pero tal vez se regenerada. Si había ingerido carne hacía no mucho tiempo, tal vez pudiera regenerarse lo suficientemente rápido. Sin embargo, no sería capaz de regenerar su corazón con la rapidez suficiente. Apunté mi trabuco a su pecho.

—Muere bestia inmundada —dije mientras apretaba el gatillo.

Su cuerpo profirió un último espasmo. No cabía duda de que estaba completamente muerto. Había sido una victoria sencilla. Estaba muy familiarizado en la lucha contra los vampiros. Tal vez tuvieran algunas ventajas físicas respecto a los vigilantes, pero nosotros éramos más listos. Bueno, no sé si el resto, pero al menos yo sí lo era. Tanto, que pocas peleas me duraban más de un minuto.

De hecho, todo el proceso de encontrar al vampiro y acabar con él me había llevado escasos minutos. Debía darme prisa para cumplir con mi misión.

Había perdido la cuenta del tiempo. Llevaba varias docenas de vampiros. De hecho, llevaba tantos que había perdido la cuenta exacta. Todos los casos habían sido muy similares al primero. Era bueno, rápido y efectivo.

En ocasiones, me había topado con algún fanático. No se podía decir que supiera lo que estaban diciendo, pero su ayuda había sido gratificante en algunos casos. Ya fuera por los ánimos o porque servían de distracción suficiente como para poder aproximarme al enemigo y acabar con él.

Los fanáticos eran sorprendentes. Individualmente, parecían inútiles. Pero me había encontrado con varios casos en los que, con la colaboración de varios de ellos, habían matado a un vampiro. Obviamente no habían salido ilesos del enfrentamiento, pero había que reconocerles el mérito.

Sin embargo, daba igual lo capaces que fueran los fanáticos cuando se juntaban. Y también importaba poco lo efectivo que yo fuera encargándome de ellos. La realidad era que, si el grupo de vampiros era tan numeroso como el que había visto en mi visión, para cuando hubiera acabado con todos no quedaría ciudadano vivo.

Necesitaba otro plan, con lo que estaba haciendo no llegaría a ninguna parte. Tenía que encontrar una forma de acabar con todos los vampiros antes de que ellos acabaran con la ciudad. Maldita sea, si tan siquiera contara con la ayuda de algún vigilante. O de Rosie. Condenada Rosie. Nos había hecho un gran favor a todos privando a los vampiros de locus, pero a qué precio.

Miré al cielo. Todavía era de día. La ciudad estaba totalmente a oscuras por la densa nube, pero encima de ella todavía había rayos de sol. Alard controlaba aquella nube. Si acababa con él, tal vez fuera capaz de acabar también con la nube.

Para matar a Alard primero tendría que encontrarle. Era capaz de percibir varios rastros de vampiros a los que todavía no había dado caza. Pero no sabía distinguir si alguno de ellos era el de Alard. Iba a necesitar otro truco para encontrarle.

Me senté en el tejado en el que estaba. Hice mi mayor esfuerzo para concentrarme. Iba a usar uno de mis poderes más poderosos. El mismo que me había llevado hasta Alard la última vez.

Puse todo mi foco en mi mente. La recorrí, ayudándome de la lucidez que tenía almacenada. Cada vez estaba en un punto más profundo. Hasta que accedí al secreto que me interesaba. Como ya lo había usado otras tantas veces, volver a recurrir a él se me hizo natural. Cada vez estaba más familiarizado con los secretos más profundos de mi mente.

Pude notar una ligera transición. Mi mente se despegaba de mi cuerpo. Me transportaba a un sitio alejado de mi ubicación. Pero no tan alejado como la última vez. En esta ocasión, me había transportado a un sitio que conocía. Eso era normal, me sabía cada rincón de la ciudad. Sin embargo, este lugar no era uno cualquiera.

Esta era una ubicación importante. No entendía por qué, pero Alard había decidido quedarse en ese lugar. Lo veía claramente. Alard estaba de pie sobre un tejado, observando la

ciudad. No podía percibir su expresión con claridad, pero juraría que el caos le producía satisfacción. Aquel tejado no era un tejado cualquiera. Aquel, era el tejado de la catedral.

Capítulo 4: Huida hacia delante

Me encontraba en el tejado de la catedral. Era él. Alard estaba a varios metros de distancia. La satisfacción que sentía por tener razón se desvaneció rápidamente cuando me di cuenta de la batalla que tenía que librar. Aquel día había diezmado a decenas de vampiros, pero esto sería diferente.

Alard no era como cualquier vampiro. De alguna forma, había conseguido dominar la lucidez que poblaba su cabeza. Había superado los límites de los vampiros. Y había descubierto secretos que nadie conocía. Aquel vampiro era especial. Era algo que intuía desde la primera vez que nos enfrentamos. Ahora no tenía ninguna clase de dudas.

Alard tenía consciencia. Desconocía el grado de consciencia que tenían el resto de vampiros, pero desde luego Alard era superior en ese sentido. En esta ocasión, no sería tan fácil como usar sus instintos a mi favor. Presentía que iba a ser una lucha complicada.

—Al fin nos encontramos —dijo Alard—. Ya pensaba que no aparecerías.

—Corta el rollo Alard —dije firmemente—. Habrás podido con los otros vigilantes, pero este será tu final.

—Es verdad. No fue ninguna sorpresa que no te encontráramos durmiendo junto al resto. Te conozco Bert Hardman. Sé que lo que el resto llaman paranoia, es en realidad tu mayor punto fuerte —dijo Alard.

—Qué palabras más gratificantes —dije—. Es una pena que las hayas dicho. Ahora aplastar tu cráneo contra el suelo será un poco menos satisfactorio.

—No será necesario llegar hasta ese punto —dijo Alard.

—¿Por qué? ¿Tienes algo que ofrecerme? —pregunté—. Espero que sea más original que decirme que me de la vuelta y huya.

—Bueno, mi idea era aplastarte los ojos. Pero ahora que lo dices, tal vez podamos llegar a un trato.

—De acuerdo. Yo pongo las condiciones. Llama a todos tus colegas y diles que esperen quietecitos mientras les voy cortando el cuello —dije.

—Vamos Bert, dejémonos de tonterías —dijo Alard—. Eres especial. Puede que nadie se haya dado cuenta, pero yo sí. Tu mente es extraordinaria. A diferencia del resto, la lucidez está a tu merced y no al revés. Puedes llegar más lejos que nadie. Y sé todo esto porque soy como tú.

—Unas palabras preciosas —dije—. Si hace años no hubiera asistido a su entierro diría que eres mi abuela.

—No me escuchas porque no quieres hacerlo. Porque sabes que tengo razón. Y porque te da miedo tener que cambiarte de bando. Uniéndote a mí vivirías para siempre. Serías un dios entre mortales. La evolución de la humanidad.

—No te voy a negar que algo de curiosidad sí me genera el proceso —dije—. Cuando te conviertes en un asqueroso

demonio, ¿sientes algo similar a una tortura? Espero que me digas que sí, porque de lo contrario me encargare de que sufras por lo que eres. Por lo que has decidido convertirte.

—Me gustaría responderte a esa pregunta —dijo Alard—, pero sería mejor que lo experimentaras tú mismo. Te llevarías una gratificante sorpresa.

—Bueno Alard, ya lo has intentado —dije—. Se te ha cerrado el culo al ver tu fin llegar y has intentado solucionarlo con tu labia. ¿Te parece si damos por concluido el intento y te abro el pecho a base de hachazos?

—Lo que me parece, es que mientras estábamos hablando han muerto decenas de personas —dijo Alard en tono burlón.

—Eres la mayor escoria que este mundo ha tenido la oportunidad de ver —dije.

—Pues ven acabar con la escoria —dijo Alard—. Pero ahora no seré tan amable como antes.

Estaba intentando provocarme. Su actitud de vende humos había tenido poca influencia sobre mí. Alard quería jugar al juego mental. Persuadirme, hacerme perder el tiempo, hacer que me sienta culpable, provocarme... Nada de eso le funcionaría. La charla se había acabado, y en cuestión de minutos tendría su decapitada cabeza entre mis manos.

Con una sucesión de avances rápidos hacia delante me acerqué a Alard velozmente. Realicé un potente golpe circula con el hacha. Mi enemigo estaba preparado y lo esquivó con facilidad. La

potencia del golpe me había dejado en una posición en la que no me podía defender.

Alard lanzó un zarpazo. A pesar de mi posición, fui lo suficientemente ágil como para saltar hacia atrás y evitar el golpe. Al menos parcialmente.

Intentó atacarme nuevamente. Sus ataques eran rápidos, pero podía verlos venir. Los desviaba con mi hacha o simplemente los esquivaba. Alard atacaba de forma incesante, y me iba a aprovechar de eso.

En uno de sus ataques, me preparé para contraatacar. Con en el resto de ocasiones, sus brazos fueron por delante. Me agaché para esquivarlos. Moví ágilmente el brazo para golpearle en la pierna. Le di casi de lleno. Fue un buen corte. Alard saltó hacia atrás para distanciarse.

—Eres rápido vigilante —dijo Alard—. Pero ahora veremos si eres lo suficientemente rápido.

El vampiro empezó a moverse por el tejado. No corría, pero sus movimientos eran tan rápidos que, pasados unos segundos, me costaba seguirle la pista. En momentos juraría que desaparecía por completo.

Los sonidos me engañaban. Juraría que estaba a mi espalda, pero al girarme escuchaba que de nuevo que estaba detrás de mí. Aquello no era posible. Los límites físicos humanos se podías romper aumentando las capacidades con lucidez. Pero lo que estaba presenciando escaba a la ciencia en todos los sentidos.

Noté unas afiladas garras golpeando mi espalda. Instintivamente, salté para esquivar el golpe. Evité que me desgarrara la piel, pero mi ropa se resintió. Brotó algo de sangre de mi hombro. No me resentí. Uno de los efectos de la lucidez era inhibir el dolor. Sin ella podía estar retorciéndome de dolor, pero no era el caso. Alard frenó a varios metros de distancia.

—Qué manjar —dijo Alard mientras se acercaba la mano a la boca.

Se chupó los dedos, ingiriendo la sangre que se había llevado.

—Sangre fresca de vigilante —dijo Alard—. Y no de cualquier vigilante.

Alard intentaba distraerme de nuevo. Pero esta vez no iba a caer. Ni siquiera le iba a responder. Aumentando mi agilidad y precisión, levanté el tabuco rápidamente y disparé. Alard esquivó la bala parcialmente, recibiendo el disparo en su brazo.

La zona impactada estaba quemada. Con ese, ya eran dos buenos ataques que había conseguido acertar. O eso pensaba. Cuando fui a fijarme en el corte que le había dado en la pierna, no estaba. ¿Cómo era posible? Los vampiros se podían regenerar, pero no tan rápido.

Alard se dio cuenta de que buscaba el golpe en su pierna.

—Todavía no te das cuenta, ¿verdad? —dijo Alard.

Se movió tan rápido que volvió a desaparecer. La ráfaga de sonidos de pasos en distintos puntos del tajado volvió a impactar

en mi mente. Alard apareció inesperadamente a mi lado, asestando una fuerte patada.

—No hay forma de que venzas —dijo Alard—. Estás pedido vigilante.

El impacto me movió de mi sitio. Alard era muy fuerte. Pero yo todavía estaba en pie. Avancé para asestar un golpe con mi hacha. El vampiro lo esquivó sin dificultades. Tomó algo de distancia y volvió a hacer el truco de recorrer el tejado a toda prisa.

Por mucho que intentara descifrar el secreto de los trucos que Alard estaba usando, no era capaz de imaginarme cómo lo estaba haciendo. ¿Podría vencer? ¿Era verdad lo que me estaba diciendo? La respuesta a esas preguntas no importaba. Todo lo que importaba era predecir su próximo ataque.

—Vas a morir vigilante —dijo Alard.

Su voz retumbó en mi mente. No pude localizar el origen del sonido. Me daba la impresión de que estaba metido en mi cabeza.

—Como murió Rosie —dijo Alard riendo.

Aquel bastardo me estaba poniendo de los nervios. Que intentara tomarme el pelo era una cosa. Pero que usara a Rosie para provocarme, era harina de otro costal.

Un veloz golpe llegó de la nada. Lo esquivé, por los pelos. Fui lo suficientemente ágil como para rotar sobre mí mismo y apartarme de su trayectoria. Alard se estaba reposicionando. Tenía milésimas de segundo para intentar un ataque. Volví a

probar con el trabuco. Con toda la precisión que podía lograr, intenté dispararle al pecho.

Mi bala impactó. Pero por desgracia no era lo suficientemente cerca del corazón. Alard rio. Su quemada piel tardó pocos segundos en regenerarse. Aquello no debería estar pasando. Una vez quemabas la piel de un vampiro de esa forma, no debía ser capaz de recuperarse en mucho tiempo.

—Acepta tu destino Bert —dijo Alard—, o únete a mí.

Volvió a recorrer el tejado de nuevo. Tal vez Alard estaba influyendo en mi mente. Tal vez me estaba volviendo loco. De cualquier forma, supe que Alard iba a atacar. Y así lo hizo. Se acercó velozmente realizando un ataque con su brazo izquierdo. Desvié el golpe con mi hacha.

No sabía si era porque mis reflejos estaban a la orden del día, pero había conseguido defenderme de aquel veloz ataque. Tal vez hubiera sido suerte. Sin embargo, me pareció que la velocidad con la que me había atacado era menor a la que usaba cuando corría por el tejado de la catedral. Aquello debía de ser alguna especie de truco.

Buscaba mi oportunidad para contraatacar, pero no lo encontraba. Sus ataques se siguieron sucediendo, y solo era capaz de esquivarlos o desviarlos con mi hacha. Alguno me daba levemente. Por suerte, mis reflejos estaban a la altura de la situación. De lo contrario la pelea se habría acabado un buen rato atrás.

Aunque llegara a golpearle en alguna ocasión, su carne se regeneraba extremadamente rápido. Alard era el vampiro más poderoso que había pisado la tierra. También era cierto que yo era el vigilante más poderoso de la historia. Pero ese dato no me servía de mucho en ese momento. Necesitaba una estrategia.

Alard apareció de la nada. Me agarró la espalda y empezó a girar. Cuando me soltó, la energía acumulada del giro me envió por los cielos. Impacté contra el tejado de una casa cercana a la catedral. Debido al golpe, una lluvia de tejas bañó las calles. Fue un buen golpe. Intenté levantarme al instante, pero mi cuerpo necesitaba un par de segundos para asimilar el impacto.

Curiosamente, Alard no había saltado detrás de mi para cazarme. De haberlo hecho, podría haber aprovechado el tiempo en el que mi cuerpo estaba conmocionado. Tal vez esa ventaja le hubiera servido para acabar conmigo. ¿Quería entretenerme todavía más? No, eso no tenía sentido. Cuanto antes acabara conmigo, antes podría unirse a sus compañeros.

Debía haber algún motivo. No sabía cuál era, pero iba a averiguarlo. Otra curiosidad era el hecho de que ya no corría por el tejado de la catedral. Estaba quieto. Como esperando a que yo regresara de un salto. Necesitaba información.

—¿Te has cansado de dar brincos, conejo? —pregunté.

—Me he cansado de ser yo el que de las hostias —dijo Alard—. ¿Por qué no vienes aquí y intentas darlas?

—Lo haré encantado —dije—. Pero antes, enséñame de nuevo tu truquito de correr sobre el tejado. Quiero ver si desde aquí soy capaz de seguirte con la mirada.

—Lo siento vigilante, me voy a reservar mis cartas —dijo Alard.

Bien. Alard no cedió a mi petición. Eso confirmaba mi teoría de que aquello era alguna especie de truco de verdad. Tal vez no, claro. Tal vez no le apetecía concederme mi petición. Pero yo sabía que Alard ocultaba algo. E iba a averiguar qué era.

—Está bien —dije mientras pillaba impulso con las piernas.

Pegué un salto para bajar del tejado. Aterricé en la calle. No era una buena estrategia si quería regresar al tejado de la catedral. Desde el tejado tenía visión de Alard, por lo que podía saltar a un sitio en el que supiera que no me estaba esperando. Desde abajo, sin embargo, eso era imposible. Alard podría estar en cualquier sitio. Saltar directamente al tejado era una locura.

Por suerte, mi plan no era volver al tejado. Me estaba cansando, mi lucidez se estaba agotando y necesitaba una nueva estrategia. Sin pensármelo, eché a correr por las calles. No tenía un rumbo claro, pero empecé a correr. Una de mis teorías era que Alard, por algún motivo, no podía alejarse de la catedral. Había sido muy raro que no me siguiera a aquel tejado.

Sin embargo, mi teoría se derrumbó pronto. Solo pasaron un par de calles hasta que noté que una presencia me perseguía. Era Alard siguiéndome el rastro. Maldición. Me había alejado no solo para probar mi teoría, sino para pensar. No iba a acabar con Alard

en el combate cuerpo a cuerpo. Necesitaba alguna ventaja o descubrir su punto débil. Si lo de la catedral era cierto por algún motivo, solo necesitaría sacarle de aquel tejado a empujones.

Pero me equivocaba. Alard estaba acechándome. No importaba lo rápido que fuera o las veces que hiciera un giro inesperado. No conseguía quitarme su presencia de encima. Me estaba agotando de verdad. Necesitaba parar.

Aproveché la distancia de ventaja que tenía. En uno de los cruces cogí una calle y la recorrí hasta la mitad. Entré en una casa por la ventana. Pasé por varias plantas y habitaciones de la casa. Esperé en la ventana de una habitación. Había dado tantas vueltas en aquel hogar, que le llevaría un rato determinar mi rastro. Mi plan era escapar sigilosamente por la ventana cuando le escuchara buscándome.

Alard era más listo de lo que pensaba. Lejos de caer en la trampa, adivinó cual era mi plan. Noté cómo se acercaba directamente a la ventana por la que tenía pensado escapar. Cargué mi trabuco sin pensarlo. Me quedé en la puerta de la habitación y apunté a la ventana.

Escuché como Alard se acercaba. La ventana estaba abierta de par em par. Y, en el otro lado de la sala, estaba yo. Esperando que aquel demonio asomara la cabeza para volársela. Finalmente, la presencia entró por la ventana. Tenía el dedo listo para apretar el gatillo, solo necesitaba apuntas a su cabeza.

Sin embargo, no apreté el gatillo. Estuve a punto de hacerlo, pero me detuve de inmediato. La persona que había entrado por la ventana no era quien yo creía. Aquella persona era Rosie.

—Qué rápido eres Bert —dijo Rosie exhausta—. La madre que te parió.

No dejé de apuntarla con mi trabuco.

—¿Cómo es que estás viva? —pregunté.

Rosie vaciló y se contuvo una risa. Se dio cuenta de que iba en serio en cuanto vio mi expresión.

—Te preocupa que me haya convertido en un vampiro, ¿verdad? —preguntó Rosie.

—Eso, o que me cabeza me esté fallando —dije.

—Bert, te hice caso. Soy yo de verdad —dijo Rosie—. Y estoy lejos de ser un vampiro. No me fui a dormir, sino que pensé qué sería lo primero que atacarían los vampiros. Tenía sentido que fueran a por la orden y saquearan el suministro de locus. Si una ciudad con vampiros sueltos es difícil de limpiar, imagínate si además son vampiros frenéticos.

—Floyd me dijo que hiciste volar el almacén, quedando enterrada —dije mientras bajé el trabuco.

—¿Floyd está vivo? —preguntó Rosie.

—Lo estaba —dije—. Eso fue lo último que dijo en vida.

Rosie no dijo nada. Si estaba esperando un abrazo por mi parte, podía ir olvidándose. Me alegraba que estuviera viva, pero teníamos cosas más importantes.

—¿Cómo has sobrevivido? —pregunté.

—Es complicado de explicar —dijo Rosie.

—Pues hazlo rápido, no tenemos mucho tiempo.

—Está bien. Las piedras me aplastaron, pero no perdí la consciencia —dijo Rosie—. Sentir el peso de las afiladas rocas contra mi cuerpo era una tortura. Entonces recordé lo que dijiste. Intenté aumentar mi límite de lucidez. Había consumido suficiente locus, por lo que empecé a profundizar en mi mente. Conforme más iba avanzando, más peligroso era todo. Me sentía... como mareada. Como si en algún momento fuera a perder el control de mi mente. Pero pude controlarlo. Me resistí y aquella sensación se volvió normal. Accedí a secretos que jamás había imaginado. Y se potenciaron todos los que ya conocía. Gracias a eso, pude aumentar mis capacidades físicas y salir de allí.

—Me alegro de que estés viva Rosie —dije finalmente.

—Yo también me alegro, pero no hay tiempo que perder ¿Cuál es el plan? —preguntó Rosie.

—Hay que acabar con Alard —dije.

—¿Dónde está? —preguntó Rosie.

No me cuestionó su existencia. Realmente confiaba en mí.

—En la catedral —dije—. Creo que no puede salir de ahí. Es muy poderoso Rosie. No sé cómo derrotarle. Sus trucos escapan a mi entendimiento. Creo que distorsiona la realidad de alguna forma. En ocasiones juraría que le he visto desaparecer delante de mis ojos.

—Está bien. ¿Cómo acabamos con él? —preguntó Rosie.

—No lo sé. Necesitamos encontrar su debilidad. Si lo que digo es cierto, tal vez descubramos algo alejándolo de la catedral.

—Vamos a por él —dijo Rosie.

—No tan rápido —dije—. No estoy nada seguro de que esa estrategia vaya a funcionar. Necesito probar otra cosa.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Rosie.

—Voy a necesitar locus. ¿Llevas encima? —pregunté.

—Tengo bastante. A pesar de que el almacén quedó destrozado, quería aprovisionarme bien. Por si acaso.

—Bien hecho. Dame una buena cantidad —dije.

—¿Esto será suficiente? —preguntó mientras me entregaba dos bolsas cargadas de hojas de locus.

—Será más que suficiente —dije—. Ve a por Alard. Entretenle hasta que llegue yo. Intenta averiguar algo.

—Está bien —dijo Rosie—. Suerte en lo que sea que vayas a hacer.

Se marchó decidida. Ni siquiera me preguntó cuál era mi plan. Rosie siempre había hecho preguntas. En cierto modo, la notaba distinta. Tal vez haber superado su límite de lucidez la hubiera cambiado de verdad. Ella siempre había sido muy curiosa. Sin embargo, no me había preguntado porque no tuviera curiosidad, sino porque confiaba en mí.

Y porque teníamos poco tiempo. Ingerí todo el locus que mi cuerpo aceptó. Sabía lo que tenía que hacer. Pero me daba miedo equivocarme.

Iba a superar mi límite. Si nunca lo había hecho era porque, en cierto modo, pensaba que podían tener razón. Podía perder la cabeza del todo. Como no estaba totalmente seguro, nunca lo había intentado. Sin embargo, por las ocasiones en las que me había acercado, sabía lo bien que sentía acercarse a superar el límite.

Era una sensación realmente gratificante. Tanto, que a algunos les daría miedo. Pero yo no podía permitirme tener miedo. No en esa situación.

Me senté en el suelo de la habitación. Me concentré al máximo. Puse todo mi foco en mi mente. Y fui profundizando en ella. A lo largo del proceso, un subidón de energía recorría mi cuerpo. Especialmente en la zona de la cabeza. Conforme más profundo llegaba, más secretos estaban a mi alcance.

No tardé en llegar al punto en el que podía usar todos los trucos que había conocido en algún momento. Ahora tocaba cruzar el umbral. En el instante en que superé mi límite, mi

mente explotó. Sentí cosas que jamás había imaginado. A pesar de la sensación de alivio, había otros sentimientos menos agradables. El conjunto era una sensación muy agri dulce.

Manejar aquello era muy complicado. En cualquier momento podía perder el control de mi mente. De hecho, en algún momento estuvo a punto de hacerlo. Pero seguí avanzando. Continué profundizando en mi mente, aguantando todas las sensaciones que mi cuerpo recibía.

Nuevos e increíbles secretos llegaban a mi cabeza. Decenas de ellos. Cosas que jamás había imaginado. Pero que, como todos los secretos, siempre habían estado ahí de alguna forma. No profundicé en esos trucos, pero por lo que atisbaba de ellos, tal vez fueran la clave para vencer a Alard. Sin embargo, ninguno era el que yo estaba buscando.

Necesitaba saber cómo Alard había conseguido controlar el clima. Si descubría como hacerlo, tal vez pudiera disipar la nube. Todavía quedaban un par de horas de luz. Si me daba prisa, tal vez pudiera lograrlo.

Seguí bajando por las entrañas de mi mente. Recorriendo hasta el rincón más inhóspito. Soportando cualquier amargo estímulo. Si hubiera parado, habría jurado que no quedaba ningún lugar donde mirar. Pero continué.

En algún momento, y de rebote, conseguí lo que estaba buscando. Alcancé el secreto. No era simplemente el truco que me decía cómo controlar el clima. Era algo mucho más grande. Algo

que no comprendía. Era distinto a cualquier otro secreto. Mucho más poderoso. Era EL SECRETO.

Pero por lo poco que podía intuir, sabía que me abría un mundo de posibilidades. Fuera lo que fuera, era mi última opción. Debía internarme en aquel secreto. Y así lo hice. Toda la concentración de mi mente fue directa a aquel lugar.

Había estado resistiendo la presión de lo que estaba haciendo durante mucho tiempo. Esforzándome por no perder la cabeza. Por no perder mi mente de forma definitiva. Pero una vez había dominado el secreto lo tuve claro. Tenía que soltar. Y así lo hice.

Dejé que todas las sensaciones recorrieran mi cuerpo por completo. Las amargas iban desapareciendo. Mientras que las gratificantes se iban reforzando. Era un momento glorioso. Un instante en el que sentía que mi capacidad no tenía límite alguno. Podía realizar cualquier cosa que me propusiera. Conocía las formas. Podía ver el camino.

Exploré el camino que necesitaba conocer. La forma de vencer a Alard. Todas mis sospechas fueron confirmadas. Alard estaba en la catedral porque era el punto más óptimo para mantener la oscura nube. Si le sacábamos de ese radio, ese poder se debilitaría.

También pude ver cómo Alard fue capaz de sobrepasar su límite a pesar de ser vampiro. De alguna forma, era distinto al resto de vampiros. La mayoría lo eran porque habían sido condenados. Sin embargo, Alard lo fue por decisión propia. En algún punto de su vida alcanzó el mismo estado en el que me

encontraba y se quedó con algo. Tal vez ese algo fuera la capacidad de consumir locus siendo vampiro.

Sea como fuere, solo había un secreto en el que quería centrarme. Necesitaba entender por completo cómo funcionaba el poder de controlar el clima. No me costó encontrarlo. En aquel estado, mi mente iba tan veloz como la velocidad de la luz. Tal vez incluso más.

Adquirí el secreto sin muchos problemas. Fue realmente sencillo. De hecho, me arrepentí de no haberme centrado en un secreto más completo. Podía verlos todos, pero el que me interesaba era aquel. Lo controlé al completo y...

Algo empezó a fallar. No me había dado cuenta. O, mejor dicho, no quería darme cuenta. Hacía tiempo que notaba que todo aquello no era tan perfecto como a mí me gustaría que fuese. Sin embargo, había usado parte de mis esfuerzos para mitigar esa sensación.

Aquel sentimiento se había esfumado antes. Podía hacer cualquier cosa y decidí que lo que fuera aquello dejara de existir. Sin embargo, cuando obtuve el poder de controlar el clima, todo cambió. El estado de lucidez absoluta se estaba desvaneciendo. Ya no era capaz de hacer todo lo que quería. De hecho, cada vez era capaz de hacer menos cosas.

Fui perdiendo la capacidad de dirigir el foco de mi mente. La capacidad de concentrarme todo lo que quería se esfumó. Notaba como perdía recuerdos a cada segundo que pasaba. Y notaba como perdía lo que más me importaba. El control de mi propia mente.

Ignoraba que hubiera un coste para lo que estaba haciendo. Pensaba que tendría razón. Pensaba que finalmente había alcanzado la lucidez absoluta y que, finalmente, no tendría límites. Sin embargo, el coste fue mucho peor de lo que imaginaba. Me convertí en un vampiro.

Mi cuerpo estaba cambiando. La piel me escocía. Sentía una enorme presión en los ojos. Sentía como el cuerpo se me estiraba. Sentía como, a pesar de que pensaba que nunca fuera a pasar, perdía mi propia consciencia.

A si que este era el proceso para convertirse en vampiro. Con mis últimos pensamientos, reflexioné sobre todo lo que estaba pasando. Era realmente curioso que aquel fuera mi fin. Y el fin de toda esa pobre gente. Rosie era buena vigilante, pero yo no había podido acabar con Alard. Rosie tampoco podría. La ciudad había perdido. Todos iban a morir. Rosie iba a morir. Rosie...

¡No! No podía permitir que aquello sucediera. ¿Qué no había nada que yo pudiera hacer? ¡Y un cuerno! No iba a malgastar mis últimos segundos de vida lamentándome. Iba a luchar.

Mi cuerpo todavía no se había transformado por completo. Por lo que sabíamos de los vampiros, el proceso duraba escasos segundos. A mí me daba la impresión de que llevaba minutos. Por algún motivo, mi cuerpo se resistía a aquello. Instintivamente, estaba luchando contra lo que fuera que intentaba tomar el control de mí.

No solo mi cuerpo estaba luchando, mi mente también. Podía sentirlo. Tenía poca influencia sobre mi propia cabeza, pero

todavía era capaz de hacer algo. Recorrí mi mente. En esta ocasión, fue mucho más complicado que cualquier otra. Tuve que “empujar” con todas mis fuerzas. Si algo que estaba dentro de mi mente me había llevado hasta ese punto, tendría que haber otra cosa similar que me sacara de él.

Pude notar toda la lucidez que estaba acumulada en mi cuerpo. Decidí usarla. De alguna forma, sabía ponerla a mi favor. Gracias a ella, recorrí mi mente con algo menos de esfuerzo. Tenía que pasar por cada rincón de nuevo. Y con rapidez.

Notar el paso del tiempo se convirtió en algo complicado. No sabía cuanto tiempo había pasado realmente. Podían haber sido segundos o minutos. Pero había terminado de recorrer mi cabeza. No encontré lo que estaba buscando. Ni siquiera fui capaz de encontrar el secreto que me había llevado hasta este punto. Era como si no estuvieran. Como si mi mente ya hubiera cumplido su función y ahora solo le quedara sucumbir ante su destino...

Pero no. Algo así no me iba a pasar. No a mí. Centré toda la lucidez que podía alcanzar. Si mi destino era uno, estaba a punto de cambiar. No sabría explicar cómo, pero creé algo dentro de mi cabeza. Como... como un nuevo secreto. Era muy difícil de explicar. No debería poder haber hecho eso. Había usado un truco que desconocía.

Sin embargo, me traía sin cuidado lo que se suponía que podía hacer y lo que no. La realidad era que había creado un nuevo secreto dentro de mi cabeza. Y me adentré en él.

No tenía ni idea de la misma naturaleza del secreto. Lo había creado yo, pero conforme más profundizaba en él más cosas iba descubriendo. No era que descubriera cosas exactas, sino todo lo contrario. Secretos abstractos que me llevarían horas explicar. Ni siquiera conocía exactamente el propósito de esos secretos. Sin embargo, lo que sí sabía, era que aquello me estaba salvando.

Gracias a la resistencia que había realizado mi cuerpo y mi mente, no me había llegado a convertir en vampiro. Y no tenía ninguna intención de hacerlo. Mediante el secreto que estaba profundizando, mi cuerpo empezó a cambiar. Estaba consumiendo lucidez de forma directa para realizar el cambio. La parte que llevaba de transformación se estaba revirtiendo. De tal manera que mi cuerpo estaba adquiriendo su forma normal.

Volvía a ser humano. Me dolía todo el cuerpo. Mi mente acababa de hacer un viaje al infierno y había vuelto sano y salvo. Bueno, más o menos. Había sido lo más extraño que había experimentado en toda mi vida. Me llevó un tiempo asimilar todo aquello.

Pero no demasiado tiempo. No tenía un segundo que perder. Rosie estaba luchando contra Alard. Tenía que ayudarla. Juntos podríamos derrotarle. Estaba seguro porque ahora, sabía cómo acabar con él.

Aterricé en el tejado de una casa cercana a la catedral. Rosie estaba en el tejado, luchando contra Alard. Esperaba ver el truco

que había usado antes conmigo, pero curiosamente estaban teniendo una lucha mucho más limpia. No había ningún truco extraño. Estaban luchando en un cuerpo a cuerpo normal, y Rosie estaba plantando muy buena cara.

Sin embargo, se le veía agotada. Tenía que ayudarla. No quería entrar de golpe. Si esperaba al momento oportuno, tal vez consiguiera tirar a Alard del tejado. Me posicioné y aguardé pacientemente. Uno de los ataques de Rosie me brindó una oportunidad. Sin embargo, no salté. Solo tendría un intento y necesitaba estar seguro de que iba a salir bien.

No debí haber dudado. Alard contraatacó con tanta fuerza que lanzó a Rosie por los cielos. Su cuerpo impactó contra un tejado. Debía quedarle lucidez suficiente como para haber resistido el golpe. Sin embargo, llevaba mucho tiempo luchando. Rosie se recuperaría, pero no estaba seguro de si podría seguir luchando en aquel momento.

Salté de un tejado a otro. Mi plan era aterrizar en la espalda de Alard, agarrarle con fuerza y enviarle lejos de un empujón. Sin embargo, Alard había notado mi presencia. Se apartó de la trayectoria de mi salto.

—Tenemos un nuevo acompañante —dijo Alard en tono burlón.

—Este acompañante va a acabar contigo —dije.

—¿No es eso lo que dijiste la última vez? —preguntó Alard—. Claro que en esa ocasión saliste corriendo. Dudo que esta vaya a ser diferente.

—Espera y verás —dije.

Comenzamos con unos intercambios en el cuerpo a cuerpo. Él me lanzaba un golpe y yo lo paraba con mi hacha. Yo le intentaba golpear y él esquivaba. No tardó mucho en volver a usar el mismo truco de antes. Era curioso, porque parecía que solo lo usaba conmigo. Era como si, de alguna forma, Alard tuviera influencia sobre mi mente.

Sabía que la situación no me beneficiaba. Si seguía luchando de esa manera, no había forma en la que pudiera vencerle. Lo mejor que podía lograr en esas condiciones seguía luchar hasta agotarme por completo. Pero tenía un plan.

—Eh, picha pálida —grité—. ¿Crees que tu madre estaría orgullosa de ti?

No respondió. Mi intención no era obtener ninguna respuesta, sino cabrearle. Iba a necesitar que estuviera muy cabreado conmigo si quería tener alguna oportunidad.

Su respuesta fue un golpe directo al pecho. Lo esquivé parcialmente, pero me llevé parte del impacto.

—¿Qué pasa? ¿A esta princesa no le gusta cómo le estoy hablando? —pregunté.

De nuevo, no obtuve respuesta. Aquellas eran provocaciones genéricas. Si quería cabrearle de verdad, iba a tener que decirle algo personal. No conocía nada de la vida personal de Alard, pero una idea cayó en mi cabeza desde algún lugar que desconocía. No

estaba seguro si lo que me había llegado funcionaría, pero tenía que intentarlo.

—Dime Alard, ¿cómo se siente que te rechacen? —pregunté.

Alard se quedó quieto al instante. Vaya, parecía que le había dado justo donde dolía.

—Explícamelo. ¿Qué sentiste cuando la persona que más te importaba en el mundo te dio de lado? —pregunté.

—Cállate —dijo Alard.

—En serio, tengo curiosidad —dije.

—¡Que te calles! —gritó Alard furioso.

Saltó hacia mí, con un impulso mucho más veloz que cualquier anterior. Me lanzó un rápido ataque que no pude esquivar. Recibí el impacto en las costillas. Intenté pillar distancia, pero me siguió en mi movimiento. Había logrado que quería, pero se me estaban complicando las cosas.

En uno de sus ataques, me lancé hacia adelante. Estaba al borde del tejado, no podía recular más. Como Alard se había abalanzado sobre mí y yo sobre él, su golpe solo me dio parcialmente. Le logré agarrar con la sujeción justa para lo que quería hacer. Roté sobre mi mismo y lancé a Alard por los cielos.

Era realmente pesado, y me había costado recibir un par de golpes. Pero conseguí expulsarlo del tejado. Impactó contra la parte superior de un edificio cercano. Salté para situarme a su lado.

—Se acabó Alard —dije—. Ya no estás en la catedral. Tu nube ya no es perfecta.

Alard rio tumbado en el suelo. Le estaba apuntando con mi trabuco.

—Inepto —bramó Alard—. La nube seguirá cumpliendo su función, aunque no sea totalmente exacta.

Se revolvió en el suelo realizando un movimiento que yo no esperaba. Disparé y acerté. Pero dio igual, Alard no se resintió. Estaba muy cabreado y solo quería acabar conmigo. Me agarró de la pierna derecha. Con un fuerte movimiento de su brazo, me lanzó contra la pared.

Di un golpe seco. El impacto fue demoledor. Caí rendido al suelo. Alard saltó sobre mis piernas. Podía darme un último golpe y dejarme fuera de combate. Pero le tenía justo donde quería.

—Todavía no me has respondido Alard —dije—. ¿Cómo se siente?

Vi como su rostro enfurecía por completo.

—¡No tienes ni idea de lo que sentí en ese momento! —gritó Alard mientras comenzaba a aporrearme las piernas.

Sentía un dolor inmenso, pero no podía hacer otra cosa que soportar los golpes.

—¡Todo sería muy distinto si no me hubiera rechazado! —dijo Alard—. ¡Yo no sería lo que soy ahora mismo!

Mientras descargaba toda su furia en mí, llevé a cabo mi verdadero plan. En cierto modo, tenía mis sospechas sobre la idea de alejarle de la catedral. No pensaba que con algo tan sencillo como moverle ligeramente de su posición fuera a cambiar las cosas. Pero era una gran ayuda para lo que iba a hacer a continuación.

Quería estar seguro de que el plan saliera bien. Ahora yo también podía controlar el clima. Sin embargo, sabía que Alard era más poderoso que yo. Necesitaba alguna ventaja. Que la nube fuera imperfecta ayudaba, pero quería asegurarme del todo. Cabrearle y hacerle perder la concentración fue decisivo.

Realicé el nuevo truco que había aprendido. Profundicé en ese secreto y aprendí a usar el poder. Era capaz de sentir la nube que cubría la ciudad. Podía moldearla a mi gusto. No a mi gusto totalmente, pues no podía fabricar una nube tan perfecta como la que había cuando Alard estaba en la catedral. Sería una buena nube, pero no una que cumpliera con el mismo propósito.

Deshacerla en cambio era pan comido. Sin embargo, tenía que ir con cuidado. Alard también estaba controlando aquella nube. Para deshacerla, tenía que hacer algo parecido a empujar con la mente. Pero tenía que hacerlo con cuidado. Contaba con que Alard estaba distraído, y tal vez no se daría cuenta si modificaba su nube. Pero si la modificaba demasiado, seguramente lo notaría.

No necesitaba eliminarla por completo. Con crear un agujero lo suficientemente grande como para que impactara en la zona en la que Alard y yo nos encontrábamos, me servía. Así Alard moriría y yo podría disipar la nube.

Empujé de la nube hacia los lados. Progresivamente, estaba logrando crear un agujero más grande en la nube. Algunos rayos de luz habían comenzado a impactar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alard mientras daba un descanso a mis machadas piernas.

Miró hacia el cielo y se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Crees que me vas a vencer usando mi mismo truco? —dijo Alard riendo con locura.

Sentí como alguien empujaba en contra a lo que yo estaba haciendo. Estaba física y mentalmente agotado, pero pude aguantar lo suficiente como para que algunos rayos de luz impactaran sobre Alard. El vampiro gritó de resentimiento.

—¡Nooooooooooo! ¡No era así cómo debían ir las cosas! —gritó desesperado.

Su piel estaba ardiendo de verdad. Esta vez no había truco que le sacara que aquello. Quería levantarme y darle el golpe de gracia de una vez por todas. Pero mis piernas no me respondían. Ojalá hubiera podido hacer todo aquello. Porque Alard se había refugiado en bajo la sombra de un edificio.

—¡Eh, paliducho! —grité—. ¿Tienes miedo de morir?

—No será por ti desde luego —respondió.

Era cierto, no sería yo quien acabara con él. Rosie salió de la nada y agarró a Alard con fuerza. Le empujó de vuelta a la luz. La piel de Alard se estaba quemando, y sus fuerzas estaban

disminuyendo. Gritaba de dolor. Pude notar cómo la vida se esfumaba de su cuerpo poco a poco. Esa sí era una sensación realmente gratificante.

Con Alard muerto, solo me quedaba una cosa por hacer. Deshice la nube por completo. La luz del sol volvió a cubrir todo Londres. Mi misión había terminado. Rosie se acercó a mí.

—Lo hemos logrado —dijo Rosie—. Hemos salvado a la ciudad. Ahora vamos a curarte.

—Antes de ayudarme a mí, ayuda a los ciudadanos Rosie —dije—. Yo puedo aguantar, pero tú tienes que dar el último empujón.

—Está bien, quédate y descansa —dijo Rosie—. Pero prométeme que seguirás aquí cuando vuelva.

—No tengo intención de irme a ninguna parte —dije mientras Rosie se marchaba.

Estaba exhausto. Había realizado demasiados actos extraordinarios aquel día. Necesitaba un buen descanso. Ni siquiera podía moverme. Por suerte, encontraba paz. O, mejor dicho, me encontraba en paz. Había cumplido con mi trabajo a pesar de que no habían confiado en mí. Había salvado a toda la ciudad de un destino seguro. Y había acabado con el mayor vampiro de todos los tiempos.

Me merecía el descanso. Y no tardé en concedérmelo. Relajé mi cuerpo y mi mente. Y me relajé mientras notaba cómo los

rayos de luz recorrían mi piel. Sin darme cuenta, me acabé durmiendo.

Capítulo 5: Conclusión

Me encontraba en la planta baja de la catedral. Estaba sentado en una silla de ruedas. Mis piernas habían quedado inútiles después de luchar contra Alard. Esa era el sacrificio que había tenido que asumir. Ahora estaba condenado a moverme en esa dichosa silla de ruedas de por vida. Pero al menos estaba vivo. Igual que Londres.

No fueron pocas las familias que sufrieron por el ataque de los vampiros. Pero por suerte, gran parte de la población logró sobrevivir. Los fanáticos resultaron de gran ayuda finalmente. Cuando la nube cayó, se encargaron de cazar a los vampiros que intentaban esconderse. Los pusieron bajo la luz del sol para que quedaran abrasados.

Rosie también había sido una parte fundamental. Hizo un trabajo similar al de los fanáticos, solo que más eficiente. Estaba claro que era una buena vigilante. De alguna forma, seguía teniendo fuerzas después de haber sobrevivido a una estampida de piedras y haber plantado cara a Alard. Aquella chica era especial de verdad.

—¿Nervioso? —preguntó Rosie.

—Impaciente más bien —dije.

La orden no había pasado por alto lo ocurrido en Londres. Y menos mal. Ya me esperaba cualquier cosa de aquellos ineptos. El número de vigilantes en la ciudad se había visto reducido considerablemente. No tardaron en enviarnos un grupo de vigilantes para suplir esta carencia.

—Deseando que llegue y diga lo que tenga que decir cuanto antes —dije.

Unos días atrás nos informaron de que Edmund, líder de la orden, llegaría a la ciudad. Tenía noticias importantes para el futuro desarrollo de la orden en Londres. Yo tenía mis teorías, pero si era lo que yo pensaba la noticia sería agridulce.

—¿No tienes ganas de escuchar lo que te tenga que decir?
—dijo Rosie—. Todo el mundo sabe que si la ciudad no ha caído ha sido por ti.

—Pues claro que quiero escuchar como me regala el oído
—dije—. Pero no quiero que me ofrezca el puesto de Floyd.

—No sabes si va a hacerlo —dijo Rosie—. Además, puedes negarte, ¿sabes?

—Ya lo sé —dije pensativo—. Le daré un par de vueltas mientras llega.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Rosie.

—No es necesario —dije—. Ve a ver si los nuevos vigilantes no se han cagado encima.

Confiaba en Rosie más que en nadie, pero en ese momento prefería enfrentarme a Edmund por mí mismo. Además, quería que Rosie fuera conociendo a los nuevos vigilantes.

—Mírate, pero si das ordenes y todo —dijo Rosie—. Yo creo que estás más preparado para ser líder lo que crees.

Rosie se marchó a la zona subterránea de la catedral. Tal vez tuviera razón. Pero, aunque me hubiera ganado el puesto por méritos propios, no sabía si quería aceptarlo. La pregunta estuvo dando vueltas en mi mente mientras Edmund llegaba.

No supe responderla a tiempo. Al cabo de un rato, Edmund apareció por la puerta principal de la catedral. Venía solo. Se acercó decidido, con paso firme.

—Bert Hardman —dijo Edmund—. He escuchado maravillas sobre ti.

—Y yo he escuchado que no podía avisarte de lo que iba a pasar porque estabas ocupado en otra ciudad —dije rencoroso.

—Cierto, en aquel momento se me requería en otro lugar —dijo Edmund—. Es por eso que quiero nombrarte líder de la orden en Londres.

Mi teoría era cierta. No había que ser muy avisado para darse cuenta de que la persona idónea para ofrecerle el puesto era la misma que había salvado a la ciudad del mayor ataque de su historia. Sin embargo, yo no estaba tan convencido.

—Me halagas, pero no sé si debería ser yo quien ocupara el puesto —dije honestamente.

—Lo entiendo. Puedes negarte y me veré obligado a buscar otra persona. Pero entre tú y yo, no me quiero arriesgar a que Londres vuelva a depender de otro inútil como Floyd —dijo Edmund.

—¿Y qué hacía un inútil como Floyd en ese puesto? —pregunté.

—Aunque no lo creas, hay decisiones que estoy obligado a tomar —dijo Edmund—. Floyd debía estar en ese puesto entonces, aunque fuera un error. Pero ahora el error sería que no lo ocuparas tú. Además, si antes te molestaba no poder contactar conmigo, en tu nuevo puesto podrías hacerte escuchar.

Hacerme escuchar. Siempre había estado en una situación en la que nadie creía mis palabras. Desconfiaban de mí, y debía esforzarme mucho para que alguien llegara a comprender lo que le estaba contando. Sin embargo, como líder en Londres, no serían muchos los que me cuestionaran.

Eso en parte era bueno, porque solía tener razón en las cosas que decía. Pero me gustaba que hubiera alguna mente curiosa con la que debatir. Por lo menos estaba Rosie. Con ella siempre podría hablar.

—¿Y con este pequeño problemita? —pregunté señalándome las piernas.

—Ya veo que es un asunto complicado —dijo Edmund—. Pero tal vez podamos verlo como algo bueno. Según dice en el informe, has podido manejar la lucidez como nadie antes lo había hecho. Gracias a eso, fuiste capaz de contrarrestar los poderes del vampiro llamado Alard. Y no solo eso, si te hubiéramos escuchado desde antes, podríamos habernos preparado para afrontar aquel ataque. Aunque no puedes luchar, eres probablemente, el vigilante más valioso de la orden.

No había mucho más que debatir. Tal como Edmund lo había expuesto, no había mejor candidato que yo. Además, con mi nuevo cargo podría influir sobre la orden y sobre los nuevos vigilantes. Implantaría algunos cambios que eran necesarios desde hacía un buen tiempo. Definitivamente, iba a aceptar el puesto.

—Está bien, acepto Edmund —dije—. Pero con una condición. Quiere gozar de libertad para llevar la orden por un rumbo algo distinto. Al menos aquí en Londres.

—Contaba con ello —dijo Edmund—. Si no hicieras ningún cambio estaríamos condenados a volver a sufrir un ataque similar al anterior. Haz lo que tengas que hacer.

No necesitaba escuchar nada más de él. Me seguiría hablando sobre aburridas políticas de la orden, algunas de las cuales ignoraría por completo. Pero no había mucho más que ese hombre me pudiera aportar. Me había dado lo que siempre había querido. Se me empezaría a escuchar, y la orden evolucionaría bajo mi mandato. Era tiempo de cambiar las cosas. Era tiempo de asegurarse que los vampiros jamás supondrían la amenaza que hace poco llegaron a ser. Y con mi nuevo cargo, ese tiempo había llegado.